

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la muerte llegó del cielo

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA MUERTE LLEGO DEL CIELO

Colección PUNTO ROJO n.º 491

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MONTREAL

Depósito legal B 30.676 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1971

© SILVER KANE - 1971

sobre la parte literaria

© SALVADOR FABA - 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.239 — No te enamores del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.096 — Avernus.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738 — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO:

934 — La venganza de Dale Temple.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515 — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

490 — Los gatos.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

91 — El aventurero del Sur.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

37 — El rancho de los Berkeley.

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE DEL ABISMO

Aquellas noticias, por sí solas, no significaban gran cosa. Eran extrañas, inquietantes, pero en una ciudad como Londres ocurren muchas cosas extrañas e inquietantes cada día.

Lo malo era cuando las noticias se relacionaban unas con otras. Cuando uno empezaba a atar cabos y se daba cuenta de que todo aquello era inexplicable. Fue entonces cuando nació aquel pensamiento. Aquel pensamiento absurdo y que nadie se atrevía a decir en voz alta: «Un hombre de otro mundo había llegado a la tierra».

Por supuesto, eso no se publicó en los periódicos.

La gente no lo comentó.

Pero hubo hombres que lo pensaron, analizando aquellas noticias una tras otra.

Por ejemplo, he aquí lo que había sucedido:

- Noticia número uno: En pleno Regents Street en el centro de Londres, en una mañana tranquila, apacible, sin una nube, una de esas mañanas que raramente se encuentran en Londres, cae un rayo del cielo. No un rayo exactamente igual que durante una tormenta. ¡Y en el cielo no había ni la más pequeña nube! Ese rayo alcanza de lleno a un hombre. Lo pulveriza materialmente. No causa más que una víctima, pero lo doblemente extraño es que aquella víctima había telefoneado a su oficina por la mañana diciendo: «Hoy no vendré. Denme mi última mañana de libertad puesto que sé que voy a morir».
- Noticia número dos: En los laboratorios aeronáuticos de la

Lockheed se están haciendo estudios sobre estructura y resistencia de materiales para el nuevo modelo de avión supersónico con el que se pretende revolucionar los aparatos de guerra. Las fórmulas son tan complicadas, porque a los materiales ya se les está pidiendo lo imposible, que a pesar de las computadoras llevan paradas varias semanas. Se producen errores de milésimas que, sin embargo, son fatales y obligan a repetir los cálculos una y otra vez. El ingeniero jefe, el doctor Everett, uno de los matemáticos más eminentes de Europa, está ya al borde del coma. La empresa pierde miles y miles de libras cada semana con la Sección Experimental [1] sin que se avance un paso. Todos saben que aquello desborda ya la pura matemática; que es casi una cuestión de inspiración, de una especie de fórmula mágica con la que nadie da. Y de pronto aparece muerto en uno de los patios de la factoría un matemático principiante un joven del que nadie ha hecho caso, y que inexplicablemente ha fallecido de un ataque al corazón. Al registrar sus ropas, antes de la autopsia, aparece un papel con los últimos cálculos hechos por el profesor Everett, y que todos los matemáticos de la Lockheed conocen. Pero el caso increíble es que esos cálculos han sido continuados. El profesor Everett los examina y se lleva las manos a la cabeza. ¿Cómo es posible? Él ha estado meses pensando sin llegar a ningún resultado. ¿Cómo un joven ignorante ha podido resolverlo todo en cuatro fórmulas? ¿Cómo ha llegado a plasmar en guarismos, teorías absolutamente ciertas, pero que nadie en la Tierra había anunciado aún?

- Noticia número tres: En Jodrell Bank, el más moderno observatorio del mundo, se están capturando, desde hace tiempo, extrañas señales procedentes del espacio. Eso no tiene nada de especial, puesto que Jodrell Bank fue creado en parte para eso, para captar señales que ya se sabía que existían, y que no por eso habían de ser producidas por seres vivos (por ejemplo el observatorio recoge explosiones de estrellas a millones de años luz), pero que siempre llegan desde el exterior. Y, sin embargo, ahora las mismas señales, ya controladas en otro tiempo como llegadas de algún mundo

lejano iban desde la Tierra al espacio. ¿Qué significaba eso? ¿Que alguien llegado desde otro mundo se había aposentado ya en la Tierra y se comunicaba con otros seres situados seguramente más allá de nuestro sistema solar?

En el Jodrell Bank estaban asombrados.

Y no era para menos.

Tan asombrados que sólo a las personas más íntimas se habían atrevido a dar aquella noticia.

El hombre había tomado el coche en las mismas escalinatas de la catedral de San Pablo, haciéndose conducir a la estación Victoria. Era joven y con aspecto de intelectual distraído. Llevaba gruesas gafas de concha. No sabía dónde meter su maletín. Se adivinaba que cuando llegara a viejo sería de esos que se olvidan, no sólo de su paraguas, sino hasta de un elefante.

—Por favor, lléveme aprisa. Tengo miedo de perder el tren de las cuatro.

—¡Pero si son las tres menos diez!

—De todos modos, lléveme aprisa, por favor.

—Sí, sí, todo lo aprisa que quiera. ¡Mientras no nos metan una multa! Oiga, ¿se ha fijado en el magnífico día que hace?

—Sí, un día estupendo.

—Ni una nube.

—De acuerdo, pero lléveme por el camino más corto, por favor. No se entretenga.

—Claro, claro... Oiga, estos días son raros en Londres. Un cielo tan azul, tan limpio... Mi mujer dice que no hará falta pasar las vacaciones en Mallorca. ¿Qué? ¿No dice nada?

El joven que ya tenía pinta de profesor despistado no despegó los labios.

El taxista se encogió de hombros y lo dejó por inútil. A él le encantaba charlar, pero aquel tipo, por lo visto, sólo pensaba en llegar cuanto antes a la estación Victoria. Una vez le hubo dejado en la puerta murmuró:

—Buen viaje...

—Gracias.

Alguien tropezó entonces con el joven distraído, antes de que éste penetrara en la estación. Tropezó con tanta violencia que el

maletín cayó por tierra. El joven se limitó a recogerlo, mientras se aseguraba las gafas, porque sin ellas no veía nada.

El que había tropezado con él se disculpó:

—Oh, cuánto lo siento... Perdone...

—No se preocupe, yo también iba distraído. No tiene importancia.

El taxista lo vio muy bien. Su cliente se palpó con disimulo la americana para ver, si aquello había sido un truco a fin de birlarle la cartera. Pero no debía faltarle nada, porque inmediatamente volvió a coger el maletín y siguió caminando. Debían faltarle unos diez pasos para entrar en la estación. Y fue entonces cuando sucedió.

El taxista, que le seguía con la mirada, también lo vio perfectamente.

Mejor dicho, lo vislumbró, porque en el primer instarse tuvo la sensación de haber quedado medio ciego. El gigantesco trueno casi le dejó sordo. Fue como un mazazo, como si durante unos segundos lo transportaran al más allá. De todos modos lo distinguió perfectamente.

El rayo que caía de lleno sobre la espalda del hombre, el gesticular aterrado de éste...

Fue instantáneo.

De pronto pareció como si el joven desapareciera.

Y en la calle se hizo un silencio espectral terrorífico inmenso...

Un silencio que parecía venir del más allá.

Como si lo que acababa de suceder lo hubiera hecho una mano que no llegaba del cielo sino de las profundidades del abismo.

CAPÍTULO II

EL NIÑO LOCO DE BUMBERRY HILL

Ningún director de periódico había tenido la perspicacia suficiente para ligar todas aquellas noticias; y eso que la prensa de Londres tiene fama de ser la más perspicaz del mundo. Entre el hombre muerto por un rayo en Regents Street un día sin nubes, las extrañas observaciones de Jodrell Bank y la muerte del joven matemático en la factoría Lockheed, nadie había establecido la menor relación. Y la verdad era que quizá no la había. Sólo cuando un segundo hombre murió a causa de un rayo frente a la estación Victoria, y también un día sin nubes, la prensa inglesa empezó a preguntarse qué pasaba. Se hicieron innumerables entrevistas a científicos y meteorólogos, y en especial a los que pronosticaban el tiempo en la televisión, por ser los más conocidos. Pero ninguno de ellos supo explicar el fenómeno.

En algunos templos metodistas, los pastores de almas hablaron en tono tremebundo de la justicia divina.

Pero de todos modos el hecho hubiera pasado a los archivos de lo inexplicable y se hubiese olvidado pronto. Se hubiese olvidado pronto para la gente de Fleet Street, que como se sabe es la calle donde radican los periódicos de Londres.

Pero no para Scotland Yard.

Allí todas aquellas coincidencias preocupaban.

Eran coincidencias que no tenían sentido.

Y por eso aquella mañana se celebraba una reunión, en el despacho del inspector jefe Thurner. Estaban allí unos cuantos hombres de los servicios especiales, otros cuántos hombres del servicio de coordinación y un par de inspectores elegidos entre los más inquietos. Y quizá el más inquieto de los dos era Gary, al que

sus audaces ideas habían dado una cierta fama de medio loco.

Thurner, mientras cargaba su pipa con movimientos meticulosos, explicaba:

—Reconozco que todo esto no tiene demasiado sentido, porque en apariencia no hay la menor relación entre una cosa y otra. El que un hombre muera a causa de un rayo un día sin nubes no tiene nada que ver con las misteriosas señales de Jodrell Bank, y menos con el hecho de que un matemático que nunca ha sufrido del corazón muera de un ataque cardíaco, después de haber encontrado que es más listo que Everett, hasta ahora tenido como un genio científico en este país. Realmente no veo un ligamen entre una cosa y otra, pero todas juntas demuestran algo, especialmente después de haber muerto un segundo hombre a causa de un rayo inexplicable. Esas cosas demuestran que tal vez está actuando entre nosotros un genio superior, un hombre que me atrevería a decir que no es de este mundo.

Todos le miraron en silencio.

Cada uno pensaba lo que pensaba en la realidad de sus pensamientos. No se atrevían a discutir. ¿Qué podrían decir? ¿Qué Thurner se había vuelto loco? ¿O que a ellos todo lo sucedido les parecía también inexplicable?

Gary musitó:

—He estado dando vueltas a todo eso, jefe. Consultando cien veces lo de Joyce, el primer hombre que murió alcanzado por un rayo, y lo de Barton, el segundo, el que fue pulverizado a dos pasos de la estación Victoria. Me parece que hay dos notables coincidencias.

Todos los reunidos le miraron.

Estaban acostumbrados a las suposiciones un tanto extrañas de Gary, de modo que no le dieron demasiada importancia.

—¿Y qué coincidencias son ésas?

—Los dos eran radioaficionados. Radioaficionados de categoría, se entiende. Tenían montados costosísimos equipos en los que habían invertido todos sus ahorros. Y los dos eran ingenieros de telecomunicación, es decir verdaderos expertos.

—Sí —dijo Thurner—, ése es el primer dato que hemos anotado. No hacía falta que usted repasara tantas veces el asunto, Gary. La cosa saltaba a la vista. Tanto que hemos iniciado unas

intervenciones entre los ingenieros que trabajan en Londres. Investigaciones muy discretas, claro, porque no tenemos autorización para actuar. Oficialmente no hay crimen, y en el fondo de nuestras conciencias todos nosotros estamos también seguros de que no lo hay.

Gary musitó:

—¿Seguros?

Todos le miraron con cierta lástima.

Aquella era otra de las salidas de tono a que les tenía acostumbrados el joven policía.

Thurner susurró:

—Seguro, muchacho, claro que sí. Hasta ahora, que yo sepa, nunca ha sido procesado un rayo por matar a un hombre. Si estamos aquí reunidos es, digamos, por una simple curiosidad científica.

—Es que hay otra coincidencia —musitó Gary.

—¿Cuál?

—He estado repasando las declaraciones de los testigos de ambos hechos. Unas declaraciones muy completas, porque la policía no había iniciado ninguna investigación. Simplemente sé lo que los testigos contestaron a lo que quisieron preguntarles los periodistas. Y en ambos casos ocurrió algo. En ambos casos las víctimas habían tropezado con un hombre antes de que el rayo cayera.

Thurner se mordió el labio inferior.

—Pura casualidad —dijo con un soplo de voz.

—No tanta casualidad si, según parece, el hombre era el mismo.

—¿Queeeeeé...?

—¿Cómo es posible?

En todos los rostros vueltos hacia Gary había ahora una mueca de ansiedad.

—Reconozco que es una coincidencia mínima —musitó Gary—, pero puede ayudarnos a encontrar un soplo de luz en este laberinto.

—¿Qué clase de hombre era ése? —preguntó Thurner olvidándose incluso de su pipa.

—Lean las descripciones de los testigos. Un tipo moreno de unos treinta años, que las dos veces, después de tropezar, se disculpó y desapareció enseguida.

—En Londres hay miles y miles de hombres morenos de treinta

años —dijo un inspector.

—Pero no todos tropiezan con la gente antes de que, un día sin nubes, se les desplome encima un rayo —musitó Gary.

Thurner alzó una mano.

—¿Qué más se ha dicho de ese hombre?

—No hay más datos, salvo que... Bueno, uno. En ambos casos llevaba un periódico en la mano izquierda... Podría ser una especie de marca del oficio.

—¿Qué oficio?

La pregunta la había hecho Thurner. Gary le miró con curiosidad.

—Parece mentira que pregunte eso, jefe. Usted sabe mejor que yo que muchos carteristas llevan siempre un diario en la mano izquierda para tapar lo que hacen con la derecha.

—Pero a ninguno de los muertos le faltó nada...

—Eso es lo que no entiendo. Parece indudable que nos les faltaba nada. Al menos las personas que he interrogado me han dicho que llevaban encima todo lo que normalmente solían llevar.

—¿Es que ha hecho interrogatorios?

—Sí, me he molestado en hacerlos —dijo Gary—. Este asunto me ha preocupado desde el primer momento.

E hizo una seña a todos, mientras improvisaba una sonrisa. Luego, sin pedir permiso, abandonó la reunión.

Tenía unas ideas rondándole en la cabeza.

El taxista que había acompañado a la víctima hasta la estación Victoria, ¿se acordaría de la cara del tipo que buscó el tropezón?

Bueno, eso en el caso de que lo hubiera buscado.

Todo podía ser una maldita casualidad.

Pero necesitaba comprobarlo.

Se dirigió en el Metro a la zona de Charing «Cross».

Por lo que sabía de aquel taxista, sólo en un lugar podía encontrarlo a aquella hora.

El lugar era un pequeño cine.

Tenía un nombre muy sugerente:

The happy girls, o sea *Las alegres chicas*.

La película que proyectaban se titulaba *El portaligas volador*. Y en el filme, al parecer, no sólo volaban los portaligas, sino otras cosas igualmente importantes y que sirven para que estén más

bonitas las señoras.

El taxista estaba allí.

A dos pasos de la pantalla.

Con la boca abierta.

Cuando Gary le tocó en un hombro, por poco le arrea un sopapo.

—¡Pero déjame en paz, hombre! ¡Ahora que la cosa se pone buena! ¡Cállese, cuerno! ¡Espere a que la chica se quite las dos medias!

Cuando las luces se encendieron, hubo un suspiro de desencanto en la sala.

El taxista, que ya conocía a Gary, farfulló:

—Por poco me hace perder lo mejor. Bueno, ¿qué diablos quiere?

—Usted vio al tipo que tropezaba con el hombre de la estación Victoria, ¿verdad?

—¡Claro que lo vi! ¡Pero si llega a ser una chica lo hubiera visto mucho mejor todavía!

—¿Sabría reconocerlo si le enseñase los ficheros de Scotland Yard?

—Eso depende. ¿Cuántas fotografías hay en los ficheros?

—Varios miles.

—Entonces emplearé más de un día. ¿Y quién me pagará a mí el jornal?

—Se lo pagará la policía.

El taxista se encogió de hombros.

—Está bien, vamos. Pero estoy seguro de que perderemos el tiempo.

Poco después los dos hombres entraban de nuevo en Scotland Yard, en el inmenso departamento de ficheros. Gary sabía que la búsqueda sería laboriosa y lenta, para no llegar tal vez a ningún resultado. Había que mirar las fotos una a una, sin omitir detalle. Como muchos rostros se parecían, habría que realizar un segundo examen. Todo eso ocuparía un día entero, pero no había más remedio que intentarlo.

Gary puso ante los ojos del hombre la primera colección de fotos de carteristas.

—Tiene por delante toda la noche y el tiempo que necesite de mañana. Yo, mientras tanto, revisaré unos archivos que tengo en mi

casa. Si encuentra algo que le llame la atención, telefonee a este número.

—Hum... Le repito que lo más fácil es que no encuentre nada. Aquello fue inexplicable, absolutamente inexplicable. Un rayo que brotó de un cielo sin nubes...

De todos modos inténtelo. No se desanime si en los primeros centenares de fichas no encuentra nada. Hay que seguir. Y no vacile en llamarme, aunque sea por una tontería, por una simple sospecha.

—Hum... No se preocupe, lo haré. Soy capaz de despertarle a las cuatro de la madrugada.

Gary salió de Scotland Yard, sacó del aparcamiento su pequeño «Morris» y se dirigió a la zona de Bumberry Hill.

Bumberry Hill es una zona de nuevas edificaciones situada cerca de los antiguos estudios de la televisión, en el camino que lleva al ex aeropuerto principal de Croydon. Las edificaciones son modestas, pero todas tienen un pequeño jardín. El sitio en que vivía Gary era una pensión. Habitaba en ella desde dos meses antes.

Tras casi tres cuartos de hora de rodar a buena velocidad, se detuvo ante la verja y entró. Eran las nueve de la noche. Las luces estaban encendidas. Los huéspedes, todos gente sin demasiadas ocupaciones, debían estar echando la última partida de cartas.

Gary empleó el llavín y entró. Su vista abarcó el vestíbulo y la sala donde, en efecto, los demás huéspedes estaban jugando. Todo el ambiente respiraba paz. Ethel, siempre infatigable, terminaba de quitar el polvo a unos cuadros mientras los demás jugaban.

Gary la miró desde la puerta.

Izada casi de puntillas, con la falda muy corta, exhibía hasta las alturas sus maravillosas piernas. Eran las piernas más bonitas que Gary había visto en muchos años. Pero no estaba allí solo por eso.

En realidad, casi la molestaba vivir tan alejado del centro de Londres, teniendo en cuenta que continuamente le llamaban para cuestiones de urgencia.

Pero Ethel era la hermana de un compañero muerto dos años antes. Ethel tenía en Gary un apoyo, era la única persona en la cual podía confiar absolutamente, sin ninguna reserva.

Se volvió al oírle entrar.

—Hola, Gary. Hoy vienes antes, ¿no?

—Un poco antes.

—¿No ha habido nada especial?

—Por supuesto que no.

—Pues yo creí que no vendrías en toda la noche. Después de lo que ha dicho la televisión sobre esos rayos que caen desde un cielo sin nubes...

Gary se mordió el labio superior.

Había llegado a olvidarse casi de la pesadilla al ver el ambiente tranquilo, al ver a aquel grupo de personas jugando en paz. Pero de repente la pesadilla volvía. ¿Era posible que pulularan espíritus extraños en el aire? ¿Era posible que desde el otro mundo alguien les estuviera vigilando? ¿Era posible que...?

Las preguntas se sucedían en su cerebro, sin encontrar ninguna respuesta.

Ethel le miraba con curiosidad.

—Gary, ¿qué te pasa...?

—¿Por qué?

—Estás pálido...

—No hagas caso. Pero quizá me bebería un *whisky* y a gusto, ¿sabes? Pagándolo aparte, claro. No quiero que eso entre en el dinero de la pensión.

Ella sonrió mientras iba hacia el mueble bar.

Uno de los huéspedes, un militar retirado, gruñó:

—¿No pueden callarse? Así no hay quien ligue una jugada...

Ethel le hizo una seña para que le acompañara al fondo del salón.

Le preparó un *whisky* bien cargado y se sentó frente a él mientras susurraba:

—Menos mal que son buena gente. Pero a veces me cansan, créeme.

—Tengo ganas de que tu casa no sea una pensión, Ethel. Verdaderas ganas.

Ella sonrió animosamente, como era su costumbre. Desde que la conocía, Gary nunca la había visto triste, y eso que no le habían faltado motivos para estarlo muchas veces.

—Bah —susurró—. Los aprecio más de lo que ellos piensan. Y en el fondo me hacen compañía.

—¿Cómo está Kim?

Kim era el sobrino de Ethel, el hijo del compañero muerto.

—Me tiene preocupada, Gary.

—¿Por qué?

—Muy preocupada.

—¿Qué puede haber hecho de malo un chico que sólo tiene diez años?

—No... Malo nada. Pero hoy ha venido a verme su profesor de matemáticas.

Gary arrugó una ceja.

Una especie de pensamiento negro pasó instantáneamente por su cráneo.

¿Matemáticas? ¿Qué significaba eso?

Pero sonriendo despreocupadamente musitó:

—Le debe enseñar a multiplicar y a dividir, claro.

—No creas. Kim ya va a una clase especial... Está muy adelantado.

—¿Y qué pasa con él?

—No vas a acabar de creerme, Gary.

—Dilo de una vez. No puede ser nada grave.

—El profesor ha dicho que Kim está... bueno, algo trastornado. En realidad ha dicho que debo llevarlo a un especialista. Que corre el peligro de volverse loco.

Gary rió.

Ethel quería a Kim como si fuera su propio hijo, y todos sus problemas le parecían graves.

—El loco —dijo—, ¿no será el profesor?

—Me ha asegurado que Kim se quedó anoche en una clase de mayores, porque había perdido el autobús y no le gusta esperar en el patio. De modo que entró allí para hacer tiempo. El profesor explicaba unas derivadas algebraicas. Kim no había oído hablar nunca de eso. No las había visto nunca, ni siquiera en la pizarra. Pues bien, se levantó de pronto y dijo que todo aquello que explicaba el profesor era falso. Ahora no sería capaz de repetir sus palabras, pero por lo visto fueren casi increíbles. Kim se acercó a la pizarra y, ante el asombro de todos, explicó que con aquellas derivadas no se iba a ninguna parte. Que todo podía resultar más sencillo empleando un término que el profesor no había oído nunca: un número paralelo. Es decir, no lo había oído nunca aplicado a aquella clase de cálculos. De pronto parece que todos los alumnos

se echaron a reír. Fue una cuchufleta general. El profesor creyó que Kim se estaba burlando de él y lo echó de allí. ¡Si al menos hubiese dicho algo con sentido! Pero no. Parece que no tenía sentido nada. Y ha pensado que Kim quizá esté trastornado. Que es un muchacho con una gran imaginación y que podría llegar a volverse loco.

Gary casi no la escuchaba.

Había cerrado un momento los ojos.

Otra vez aquel pájaro negro flotaba en sus pensamientos.

Otra vez tenía la sensación de pesadilla, de algo que no podía ser y que sin embargo, era.

Ethel balbuceó.

—¿Qué piensas, Gary?

Gary pensaba en un joven muerto en la factoría de la Lockheed.

En un joven matemático del que nadie hacía caso y que, sin embargo, había llegado a conclusiones más importantes que las del doctor Everett, una verdadera gloria nacional.

Ethel insistió:

—Te has puesto muy pálido...

Gary sabía que eso era verdad.

Pensaba en el observatorio de Jodrell Bank, captando durante tantos años señales que venían del espacio. Y ahora, de repente, esas mismas señales brotaban de la Tierra.

Pensaba en cosas que no hubiera querido pensar y que le helaban la sangre en las venas.

—Gary...

La voz de Ethel se había vuelto ansiosa.

Pero Gary tal vez ni siquiera la oyó.

Bebió de un trago su vaso de *whisky*.

Y luego intentó sonreír, mientras se borraban sus malditos pensamientos.

—¿Qué hace Kim? —murmuró—. ¿Dónde está ahora?

—En su habitación. Se pasa muchas horas encerrado, estudiando.

—Pero supongo que nadie le habrá explicado las derivadas algebraicas...

—Nadie. Eso es lo más extraño. Nadie...

—¿Puedo subir a verlo?

—Claro que sí, Gary. Te lo agradecerá.

El joven se puso un cigarrillo entre los labios y subió al piso superior lentamente.

Allí estaban las habitaciones de los huéspedes de la casa de Ethel, transformadas en pensión. Y allí estaba también la habitación de su sobrino Kim. Éste vivía independiente, como un hombrecillo.

Gary sintió un leve temblor en los párpados al acercarse allí.

Era ridículo, pero no podía evitarlo.

Otra vez tenía la sensación del más allá, la sensación de algo absurdo y a la vez espeluznante.

Abrió la puerta de golpe.

Sin llamar.

No era aquélla su costumbre, pero lo hizo. Quería sorprender a Kim en su salsa, quería saber lo que estaba haciendo. Y tuvo una gran sorpresa al ver a Kim jugando sencillamente con un mapa y unas flechas de colores, que le servían para señalar las ciudades más importantes. Aquello no podía ser más inocente. Además sonrió al ver a Gary.

—Hola, policía. Me has sobresaltado...

Siempre le llamaba policía, quizá porque así Gary le parecía más importante.

Gary sonrió también.

—¿Cómo no te has ido aún a la cama?

—Me iba a ir enseguida. En cuanto termine de repasar la lección de geografía para mañana.

—Me parece que tú estudias demasiado, Kim. A los diez años no deberían exigirte tanto en el colegio.

—Sólo estudio lo que me gusta. Ahora estoy señalando los volcanes.

Y puso una banderita en un punto de la inmensidad del océano Pacífico.

Gary arqueó una ceja.

Había muchas cosas de las que no podía discutir, pero en geografía era un verdadero experto.

—Oye, Kim, te equivocas.

—¿Por qué?

—Ahí no existe ningún volcán.

—Existirá.

—¿Qué dices?

—Saldrá enseguida.

Gary tuvo que cerrar los ojos otra vez.

Sentía lo que debió sentir el profesor de matemáticas al oír ridiculizar por un niño de diez años la sagrada teoría de las derivadas algebraicas. La sensación de que estaba hablando con un pequeño loco.

Kim ni siquiera estaba impresionado ante lo que acababa de decir.

Lo daba por descontado, como si fuera el hecho más incuestionable del mundo.

Gary balbució:

—Oye, Kim...

—¿Qué pasa?

—¿Quieres decirme qué ha pasado hoy con tu profesor de matemáticas?

—No ha sido en mi clase, ha sido en la clase que daba a los mayores.

—¿Pero qué ha pasado?

—Estaba explicando una teoría absurda.

—Pero ¿por qué absurda...?

—¿Y lo preguntas? ¿Es que él no veía que no iba a llegar a ninguna parte? Aquellas ecuaciones le dejarán en la estacada. No saldría de allí. En cambio era muy sencillo invertir los términos e introducir un factor compuesto.

Gary necesitó llevarse las manos a la cara.

Sentía frío en la espina dorsal.

—Kim, eso del factor compuesto... ¿qué es?

—Lo dan las computadoras. Es el resultado final de una segunda derivada que hace que la primera se pueda completar.

—¿Las computadoras? ¿Qué sabes tú de eso?

—Lo que sabe todo el mundo.

—¿Todo el mundo? ¿Qué revistas estás leyendo?

—Pues, pues las de siempre. Aventuras, historietas...

—¿Ninguna revista técnica?

—¿Revistas técnicas? ¿Para qué las quiero?

—¿Y periódicos? ¿Periódicos que traigan anuncios?

—No hay ninguno. Mira.

Gary miró.

Estaba tan intranquilo que no necesitaba cerciorarse por sí mismo de todo lo que el pequeño decía.

En efecto, no vio nada que le llamara la atención. Ni un anuncio de computadoras, ni una publicación seria. Pero eso, lejos de calmarle, le intranquilizó más aún. Nada de lo que el pequeño había dicho tenía un origen lógico.

¿De dónde había sacado aquello?

¿Quién se lo había dicho?

—Kim —musitó.

—¿Qué...?

—¿Tú te ves con alguien en el colegio? ¿Alguien que no es ninguno de tus profesores?

—No. Te juro que no.

—¿Todos tus amigos son pequeños?

—Sí.

—¿Has soñado cosas extrañas?

—¿Soñar...? No. ¿Por qué?

—No, por nada. Perdóname, Kim. Quizá te estoy haciendo preguntas un poco extrañas.

—Todos los policías preguntáis cosas raras.

Gary le acarició los cabellos con un gesto lleno de ternura, repentino y a la vez suave.

—No hagas caso de los policías. Kim. ¿Sabes qué te digo? Yo creo que muchos de nosotros deberíamos estar en la cárcel.

Paseó su mirada por la alfombra.

Y de pronto vio aquello.

Los restos de un cigarrillo.

Una colilla allí...

—Kim...

—¿Qué?

—¿Quién ha estado aquí, Kim?

—¿En mi habitación? Nadie...

Gary sintió que temblaban sus manos. La boca se le quedó seca instantáneamente.

Fue a contestar algo.

Pero de pronto Ethel llamó desde la escalera.

—Por favor, Gary, al teléfono... Te llaman desde Londres. Dicen que es muy urgente...

Gary ahogó una imprecación, pero no tuvo más remedio que descender a la planta baja, donde estaba el aparato. Resultó que era el taxista, llamando desde Scotland Yard.

—¡Eh, polizonte! ¡Ha habido suerte! ¡Óigame bien, polizonte! ¡Ya lo tengo...!

—¿Qué es lo que tiene?

—¿Es que ya no lo recuerda? ¿Qué le pasa, polizonte? Lo veo con mis propios ojos. Está fichado como ladrón. El tipo que tropezó con aquel pobre muerto de la estación Victoria...

CAPÍTULO III

LAS TROMPETAS DEL JUICIO FINAL

Casi nunca en su vida había luchado Gary entre dos cosas que le obsesionaran tanto. Por una parte sentía la absoluta necesidad de continuar la conversación con Kim, ya que lo ocurrido en el cuarto del niño le había dejado como aniquilado por dentro. Por otra parte, no podía desatender la llamada del taxista. Lo que éste le traía era una pista concreta, y por lo tanto necesitaba seguirla.

Se decidió por esta última posibilidad.

Con Kim ya volvería a hablar.

El taxista gritó:

—¿Qué? ¿Se decide o no, amigo? ¿Es que va a tenerme aquí toda la noche?

—Enseguida voy.

Colgó el teléfono y fue a salir de la casa.

Ethel musitó:

—¿Ocurre algo?

—Nada especial. Oye una cosa, Ethel.

—Pareces nervioso... ¿Qué pasa?

—¿Alguien ha visitado a Kim?

—¿Visitar a Kim? ¿Quién?

—No sé... Alguien de fuera...

—Por Dios, Gary... Nadie, absortamente nadie. Kim es un chico muy normal, pese a lo que diga el profesor de matemáticas. Llega a casa y se encierra. Un chico solitario, eso es todo. ¿Pero qué pasa?

—¿Todos los huéspedes son de confianza?

Ella palideció.

—Por favor, Gary... No te entiendo. ¡No trates de decirme que alguien ha enseñado alguna cosa fea a Kim, aprovechando que es

un niño!

—No, no se trata de eso. Kim no ha estado en contacto con ningún maníaco sexual por ejemplo. Más bien ha estado en contacto con un sabio, por llamarlo de alguna manera. ¿Alguno de tus huéspedes es aficionado a las matemáticas?

Ahora Ethel ya no estaba tan pálida. No sabía si tomarse a risa aquella cuestión.

—Gary, ¿qué te pasa?

—Nada. Contéstame.

—Lo que dices es una tontería. El único aficionado a las matemáticas es el señor Thompson, al que ves ahí jugando a las cartas. ¡Pero qué matemáticas! Tres días antes de rellenar su quiniela ya está haciendo cálculos a ver lo que saldrá. Y no debe entender gran cosa, porque nunca ha ganado ni un chelín. Al menos que yo sepa, me debe la pensión del último mes.

Gary le dio un cachete en la mejilla.

Aquella muchacha fuerte y animosa tenía la virtud de hacerle olvidar sus problemas, de hacerle pensar que la vida, ocurra lo que ocurra, siempre es maravillosa.

—Estaré en Scotland Yard, Ethel. Llámame si ocurre algo.

—¿Qué va a ocurrir?

—Seguramente nada.

Gary se puso al volante del «Morris» y arrancó. Como tenía por delante tres cuartos de hora de camino, puso la radio. Estaban dando un programa musical que enseguida fue interrumpido por el boletín de noticias.

Eran las noticias de siempre. Laos, Vietnam, Camboya, Oriente Medio, la inmoralidad en Gran Bretaña, que hacía que el número de abortos hubiese aumentado en progresión geométrica...

Y de pronto una noticia al parecer insignificante. Al menos lo era para los que vivían en la quietud de Londres:

«Un nuevo volcán ha emergido de las aguas a la altura del Paralelo 55, al sur de las islas Pribilof, en el Mar de Behring. Los primeros informes indican que los geólogos consideran asombroso este fenómeno, puesto que no se tenía el menor indicio de la erupción, y por otra parte la zona no está considerada como claramente volcánica. Por el lugar absolutamente deshabitado en

que ha aparecido el nuevo volcán, no se tienen noticias de daños ni de víctimas. El barco Elypsis, de la Cunard, se encuentra a cuarenta millas del lugar del suceso y ha transmitido por radio valiosos informes sobre el mismo...»

Gary sintió que el volante se le iba de entre las manos.

Todo le pareció irreal, como si las mismísimas casas de Londres fueran las sombras de una pesadilla.

¡Dios santo!

¡Kim había puesto la banderita allí! ¡En el lugar casi exacto en que debía aparecer el volcán!

¿Cómo lo sabía?

Gary sintió que la cabeza le daba vueltas.

Pese a conocer muy bien el camino, se metió en dirección prohibida.

Dio un rodeo absurdo.

Tuvo la sensación de que jamás llegaría a Scotland Yard, de que se había metido en un túnel que no conocía.

Cuando por fin pudo poner los pies en los archivos, el mundo seguía dando vueltas para él. Vio que el taxista estaba ensimismado leyendo una revista que acababa de sacar del bolsillo. No hacía falta fijarse demasiado en qué clase de revista era.

Le guiñó un ojo a Gary.

—¿Qué le parece? Qué piernas, ¿eh? ¡De primera!

—¿Dice que ha encontrado a ese tipo?

—Sí, mire. Aquí está.

Gary puso los ojos en la ficha. Conocía bien al fulano. Era Stewart uno de los carteristas más hábiles de Londres. Podía pasar por tener los dedos más finos y ágiles de todo el mundo de habla inglesa. Le habían echado el guante dos veces, pero siempre se había salido con condenas pequeñas.

—¿Seguro que era éste?

—¡Seguro!

En efecto, podía ser él. Moreno, de unos treinta años y además carterista. Efectivamente, era también de los que «trabajaban» llevando un periódico en la mano izquierda.

Pero Gary quiso asegurarse.

El asunto era tan extraño que no podía permitirse el lujo de dar

un paso en falso.

Tomó varias fichas de tipos que él sabía que se parecían mucho a Stewart.

—Se equivoca, amigo —dijo—. He querido hacerle una prueba, pero veo que ha metido la pata. El tipo que usted vio es éste.

Había señalado con mucha seguridad a uno, pero el taxista negó con un movimiento de cabeza.

—Narices. Era el que le dije primero.

—¿No era este otro?

—No. ¿Por qué quiere liarme? ¿No tengo ya bastantes complicaciones con el tráfico? ¡Era el que le dije primero!

Gary se convenció de que el taxista le decía la verdad.

—Muy bien —musitó—, muchas gracias. Ha hecho usted un gran favor a la policía.

—¡Uf! ¡A la policía! ¡Si al menos me lo agradeciesen!

—Si alguna vez tiene un conflicto venga a verme. Siempre le podré echar una mano.

—Una mano a mí y no a los otros, ¿eh? ¡Y a esto le llaman democracia!

Se alejó refunfuñando, pero el malhumor se le quitó de pronto al pasar la siguiente página de la revista.

Gary se quedó mirando la ficha.

Todo aquello era fantasmal, era una condenada pesadilla. Pero al menos ahora tenía un punto concreto en que apoyarse.

Un tipo llamado Stewart.

Sabía dónde encontrarle.

Su cuartel general estaba en un centro de *strip-tease* llamado La Noche. Gary, tomó de nuevo el «Morris».

El Támesis.

Victoria Enbankment.

Uno de los sitios más serios y tristes de Londres.

Pero, como un violento contraste, allí estaban las luces del anuncio. La Noche. Exhibición permanente de *strip-tease amateur*.

El local estaba lleno.

A la gente le hace gracia que las chicas no sean profesionales.

Que sean, por ejemplo, unas oficinistas muy modositas que por las mañanas se estiran la falda sobre las rodillas y teclean a la máquina.

¿Pero lo eran?
El locutor anunciaba:

«La próxima concursante es *miss* Shally Courtney, que trabaja en la sección de perfumería de los almacenes Robinson. La señorita Courtney se ha clasificado entre las cinco modelos que esta noche pueden aspirar al premio de cincuenta libras. Observen la gracia de sus movimientos. Su vestido, que ahora empieza a desabrocharse, ha sido confeccionado en París por Cecil Saint Laurent...»

Gary no conocía a demasiadas dependientes de perfumería que se vistieran en Cecil Saint Laurent.

Pero pasó de largo.

No le interesaba aquello, a pesar de que las evoluciones de la señorita Courtney eran de verdad prometedoras.

Llegó ante una de las puertas.

El tipo cuadrado que estaba en ella se cuadró más todavía.

—No puedes pasar, Gary.

—Busco a Stewart.

—Sabes de sobra que éste es un sitio privado.

—Y sé de sobra que dentro se venden drogas y además hay una sala de juego clandestina.

—Pues si lo sabes trae un mandamiento judicial. Y cuélgatelo de las narices para que yo lo vea bien y entonces pasa.

—De las narices me voy a colgar otra cosa, muchacho.

—Prueba.

Gary probó.

El otro lanzó apenas un gruñido al sentir el rodillazo en el bajo vientre. Quedó blanco. Gary lo apartó a un lado, levantándolo por las solapas, sin demasiado esfuerzo, y luego le dio un cachecito en la mejilla.

—Buen chico.

Pasó.

Más allá había una gran sala donde un par de chicas enseñando muchas cosas se extasiaban ante el humo de unos cigarrillos. Gary pensó; «Que me maten si no es grifa». Pero tampoco había venido para aquel asunto y siguió adelante. Atravesó otra puerta y vio la

sala de juego. La sala de juego estaba vacía. O no tanto. Porque el tipo que llevaba la navaja en la mano la llenaba bastante. Cuando vio venir a Gary se abalanzó sobre él.

Venía en línea recta, el muy macho.

Dispuesto a cargarse la pared si hacía falta.

Y la pared por poco se la carga, pero a Gary no le hizo el menor daño. Pasó junto a él como una exhalación cuando el joven se apartó a tiempo. Inmediatamente Gary le sujetó por el antebrazo derecho, se lo retorció e hizo lanzar al muy buitre un grito de dolor.

Un empujoncito más y el tipo se estrelló de cabeza contra la pared.

Quedó K.O., al menos para la cuenta de cien.

Gary tenía más que suficiente.

Atravesó la otra puerta.

Stewart, el que buscaba, estaba allí. Y no estaba solo. Lo que hacía falta decidir era si aquella chica era *amateur* o no. Pero estaba haciendo para Stewart en privado lo que las otras hacían para el público en la sala.

Stewart barbotó:

—¡Maldito polizonte! ¡Ahora que empezaba lo bueno!

—Si quieres te dejo dos minutos más, Stewart.

—Es inútil. La chica se me pondrá nerviosa.

—¿Quieres decir?

—¡Esto es un arte! ¡Un arte, condenado polizonte!

Los antiguos romanos, a las que hacían esto, las elevaban a la categoría de sacerdotisas.

—¡Qué demonios sabrás tú de los antiguos romanos...!

—Pero sé mucho de las que hacen esto. Una cosa compensa la otra, ¿no?

—Déjate de compensaciones, Stewart. Vas a acompañarme.

—Y un churro. Hace al menos seis meses que no pongo la mano en nada que no sea mío.

—Pues, hijo te habrás desgastado el traje.

—¡De una maldita vez! ¿Qué quieres, polizonte?

Gary resolvió tranquilizarle.

De nada le serviría decirle la verdad.

—Hay un asunto de un robo en el campo de fútbol del Chelsea. Te han reconocido a ti y vas a acompañarme.

—¿El Chelsea? ¿Se ha vuelto loco? ¡Yo no pongo jamás los pies en ese campo de basura! ¡Yo soy del Manchester!

—Manchester queda algo lejos de aquí. Hala, no te emociones. Deja a la chica y acompáñame.

Stewart fue a acompañarle.

Pero de otra manera.

Fue a acompañarle en el sentimiento.

Disparó el puño derecho con todas sus fuerzas y por poco alcanza a Gary. Pero éste llevaba ya mucho tiempo tratando con tipos de su calaña, de modo que apenas se alteró. Flexionó la cintura, disparó un corto al estómago y luego alzó la derecha en forma de gancho. El upper-cut resultó fulminante. Stewart cayó redondo en brazos de la muchacha.

Ella gruñó:

—Es el primer hombre que se me desmaya esta semana. No debo estar en forma.

—Pues no lo entretengas demasiado, nena. Voy a llevármelo.

—¿Y yo qué? ¿Continúo con la exhibición o me pongo a leer el periódico?

—Lee el periódico. Anuncian unas combinaciones para señorita, estupendas.

Y Gary cargó a Stewart sobre sus espaldas, saliendo al exterior.

En la sala de juego, el gorila de la navaja aún dormía.

En el fumadero, las dos chicas se habían puesto más cómodas todavía. La exhibición era como para tumbar a un buey.

Pero Gary no era un buey.

Lástima.

Puso en pie a Stewart cuando llegaron a la sala general. El carterista ya se había despabilado un poco. Salieron con precaución, sin que nadie les mirara, por la sencilla razón de que la chica que ahora estaba en la pista se iba a llevar el premio. Era sensacional. Y el *speaker* anunciaba que trabajaba nada menos que en una tómbola benéfica.

Gary pensó:

«Narices».

Sacó a Stewart de allí. Cuando lo tuvo en la calle, le dio dos palmaditas en la cara.

—No te entretendremos ni una hora, muchacho. Total, un par de

carteras en el campo del Chelsea. Es para una simple comprobación.

O le pillaba por sorpresa o no conseguiría nada. Necesitaba, sobre todo, infundir confianza a Stewart. Éste se apoyó con las dos manos en el techo del «Morris».

—Aún estoy un poco mareado —balbució.

—Descansa...

—Necesitaría un trago.

—No hay inconveniente, muchacho. En cuanto veamos el primer bar sin demasiada gente, te invito a un *whisky* doble.

—Gracias —dijo Stewart.

Pero no se lo agradeció.

¡Qué va a agradecérselo!

Disparó una coz salvaje al aire, mientras aún seguía apoyado con las manos en el techo del «Morris». Instantáneamente Gary pensó que aquel tipo estaba asustado y que había algo muy grave detrás de su actitud, porque de lo contrario no se hubiese atrevido a tanto. Nadie trata de cargarse a un policía por unas carteras robadas en el campo del Chelsea. Tenía que haber algo más...

Pero mientras pensaba, fue alcanzado de lleno.

El pie de Stewart pareció estallar en su mandíbula.

Gary giró sobre sí mismo y tuvo la condenada sensación del K.O. Desesperadamente trató de seguir en pie, mientras el cielo giraba encima de su cabeza. Un cielo limpio, puro, lleno de estrellas...

Y entonces ocurrió lo inesperado.

Lo increíble.

Aquel trueno le dejó ensordecido. La luz cegadora le quemó los ojos. Fue proyectado brutalmente a varios metros de distancia.

Pero su pensamiento fue tan rápido como el rayo. «Cuando llegas a ver el resplandor no hay peligro. Entonces es seguro que vives. Los muertos por el rayo, no llegan a ver el resplandor. Los muertos por el rayo no se enteran de nada...»

Perdió el conocimiento por unos instantes.

La sensación había sido horrible. La sensación de ser despedido del suelo, de ser lanzado a la nada... Cuando recuperó el conocimiento, apenas un minuto después, vio que su coche se estaba incendiando. El cuerpo de Stewart yacía exánime entre las llamas. No se retorció, o sea que estaba muerto. Varias personas

corrían hacia el vehículo, pero sin saber qué hacer.

Gary balbució:

—¡Cuidado! ¡No lo toquen aún! ¡No lo toquen!...

No pudo hablar más. Su boca estaba tan seca como un pedazo de desierto.

El sí que necesitaba un trago.

Aunque fuese de veneno...

CAPÍTULO IV

LOS HOMBRES QUE NUNCA EXISTIERON

El parte meteorológico, decía:

«... Cielo despejado y vientos en calma sobre toda Gran Bretaña. Alguna posibilidad de brumas en Escocia, pero de escasa importancia. No hay riesgo de que el tiempo varié, y menos de chubascos o tormentas en las próximas veinticuatro horas...»

Thurner apagó la radio.

Paseaba con las manos a la espalda como un preso, en su celda. No sabía la hora que era. Tampoco la sabía Gary, que llevaba allí un tiempo interminable. Por la ventana entraban las sombras de la noche, pero eso era todo.

Thurner balbució:

—Ya lo ha oído. Es absolutamente inexplicable.

—Yo sólo sé —dijo Gary—, que por poco me apiola a mí también. Si llego a estar con las manos encima suyo, como era lógico, acabo frito igual que Stewart. Él no lo sabía, pero al atizar, y enviarme lejos me salvó la vida.

Seguía paseando.

Con voz ronca, barbotó:

—Claro que también era inexplicable lo de Regents Street. Y lo de la estación Victoria...

—Me estoy volviendo loco, Thurner. Pero no aclararemos nada aquí. Déjeme marchar.

—¡Qué cuerno voy a dejarle marchar! ¡Usted es el único que sabe algo! ¡Explíquese otra vez!

—Si lo he explicado ya cien veces...

—Pero tiene que haber un detalle... ¡algo! ¡Tiene que haber algo! ¡Las cosas no suceden porque sí! ¡Tenemos que dar con ese detalle, Gary!

El volvió a narrar de nuevo lo sucedido.

Y explicó también lo que pensaba.

Lo que pensaba, aunque no le gustase, era esto:

Stewart había tenido algo que ver con las otras dos muertes. Su papel no estaba nada claro, pero había tenido algo que ver.

Y desde el cielo le habían enviado su propia muerte.

Desde el cielo... ¿Qué sentido tenía eso?

Thurner temblaba.

—Gary... —susurró—. Estoy relacionando unas noticias con otras. Me acuerdo de lo que pasó en la Lockheed. Y me acuerdo de las señales de Jodrell Bank. Ya sé que usted se reirá de mí, pero creo en algo sobrenatural. Creo, sencillamente, que un hombre de otro planeta ha llegado a nuestra Tierra.

En otra ocasión, Gary se hubiese echado a reír.

Pero ahora no se rió.

No, ni pizca.

Simplemente, dijo:

—Jefe, estoy molido. Creo que si me quedo aquí voy a acabar volviéndome loco.

—Son las cinco de la mañana —dijo Thurner, consultando su reloj—. Sí, más valdrá que durmamos todos un poco. Dentro de unas horas quizá veamos las cosas de distinta manera.

—¿Qué va a hacer mientras tanto con Stewart?

—¿Y qué puedo hacer? Enterrarlo, sencillamente. La cadena se ha roto ahí, ¿no? No existe ninguna otra pista.

—Los forenses ya le han echado un vistazo —musitó Gary—. ¿Qué dicen? ¿Qué verdaderamente lo mató un rayo?

—Sí, exactamente eso es lo que dicen y lo que constará en el certificado de la autopsia. Además, ¿por qué lo pregunta? ¿No lo vio usted?

Gary ya no sabía ni lo que había visto.

Simplemente, como Thurner, empezaba a creer ya en los seres del más allá.

Dijo sencillamente:

—Buenas noches, jefe.

Y salió. No le hubiera extrañado nada encontrarse a un ser de ultratumba en el pasillo.

Pero al único que encontró fue al vigilante de turno sentado ante su mesa. Un policía que hacía números incansablemente, porque no le cuadraba el sueldo de aquel mes y no sabía qué iba a explicarle a su suegra.

Cuando volvió de nuevo a la zona de Bumberry Hill, Gary estaba completamente reventado de cansancio. No era sólo cansancio físico, sino algo peor. Una especie de agotamiento que le llegaba en oleadas desde el fondo del cerebro. Los acontecimientos de las últimas horas le habían destrozado los nervios y ya sólo aspiraba a cerrar los ojos, a olvidarlo todo y a dormir...

Su sueño fue parecido al sueño de la muerte.

Un sopor abismal, profundo.

Igual que caer a un pozo del que hubiera deseado no salir jamás.

Cuando despertó y miró a través de la ventana, le pareció que estaba saliendo el sol.

Pero era una simple ilusión óptica. En realidad, el sol se estaba poniendo.

Había pasado más de doce horas hundido en el mundo de las sombras.

Casi le sorprendió, al mirar por la ventana, que todo siguiera igual, que la gente volviera tranquilamente de sus trabajos, después de cumplir con la apacible jornada laboral inglesa. Bruscamente todo lo del día anterior le pareció una pesadilla sin sentido. El mundo seguía como siempre. No había seres de ultratumba, no había nada.

¿Por qué diablos había llegado a creer en un ser venido de otro planeta?

¡Qué ridículo!

Se metió bajo la ducha y el agua fría acabó de despabilarle. Poco después de afeitarse se fijó en la mesa que ocupaba el centro de la habitación.

Ethel, silenciosa y eficaz como siempre, le había oído andar desde abajo, y había entrado un desayuno frío mientras él estaba en la ducha. Bajo la bandeja estaban doblados los periódicos de la mañana.

Gary los desdobló.

Todos habían recogido el suceso de La Noche. Todos hablaban de la muerte de Stewart con más o menos extensión, con titulares más o menos grandes, y todos decían que aquello era inexplicable. ¿Cómo era posible que en Londres descargaran los rayos desde un cielo sin nubes? ¿Qué era aquello? ¿Se trataba quizá de algún arma secreta?

Gary suspiró aliviado.

Menos mal que los periódicos habían enfocado la cosa así.

Un arma secreta.

En los días sucesivos la Prensa se metería con el Ejército, con la Aviación y con la mismísima Flota Metropolitana. No se metería con la policía. Era un respiro que convenía aprovechar para hacer algo, para desenroscar la madeja de una maldita vez.

Cuando estuvo preparado para salir, Gary desayunó muy frugalmente, a pesar de que, por la hora, aquello debía haber sido ya la cena.

Oyó silbar al pequeño Kim en las escaleras.

Gary tragó saliva.

No sabía por qué le angustiaba aquello.

El simple hecho de hablar con Kim...

Gary salió de la habitación.

—Hola, Kim.

Trataba de sonreír, trataba de mostrarse animoso, como si nada hubiera sucedido.

—Hola.

—¿Qué tal, Kim? ¿Cómo ha ido el colegio?

—Hoy muy bien.

—¿Se ha enfadado contigo el profesor de matemáticas?

—Hoy no me tocaba clase con él.

—¿Y no has entrado en la de los mayores?

—Si el tío es tonto, ¿para qué voy a entrar?

—¿De veras crees que es tonto, Kim?

—De remate.

—Oye, me gustaría hablar contigo. Nada importante, claro. Pero anoche nos interrumpieron, ¿recuerdas?

—Claro que sí... Deja que haga los deberes y hablaremos. Cuestión de repasar unas cosas en cinco minutos, ¿sabes?

—De acuerdo, Kim.

Le dejó que entrase en su habitación y descendió a la planta baja.

Ethel le estaba esperando.

—Nunca te habías levantado a esta hora, Gary. No me atrevía a despertarte, pero...

—Tuve muy mala noche. ¿Ha telefoneado alguien?

—No, nadie.

—Mejor.

—Hay revuelo en el barrio, Gary. ¿Tú sabes que desapareció la señora Morrison?

—Sí, claro, hace una semana.

—Siguen sin una pista. La gente ya habla mal de Scotland Yard. Dicen que no sirve para nada.

—Y tienen razón. Pero los que se encargan de buscar a la señora Morrison son los de la sección de Personas Desaparecidas. Hasta ahora no hay indicios de delito, y por lo tanto no ha intervenido realmente la Brigada Criminal. Claro que es extraño. La señora Morrison era una paralítica. ¿Y adonde demonios puede ir una paralítica sin que nadie se entere?

—Por eso te aviso, Gary. Tal vez venga su hija a darte la lata. Sabe que estás en la Brigada de Homicidios, y ella ya piensa en un crimen.

Gary le pellizcó el mentón con un suave gesto, como hubiera hecho con una niña:

—Si viene dile que no estoy. Por cierto, parece que Kim ya está más alegre.

—Hoy ha venido del colegio tan contento como siempre, gracias a Dios. Me tenía preocupada.

En ese momento se acercó Thompson.

Thompson era un jubilado que se pasaba la vida rellenando quinielas y soñando en hacerse millonario para poder enviar al cuerno a los que le hacían volver cuatro veces para pagarle su pensión.

Pero de momento el tío estaba totalmente arruinado.

Su método era totalmente matemático.

Y por lo tanto no lo acertaba nunca.

—Gary —preguntó—, ¿quién cree que ganará? ¿El Manchester o

el Celtic de Glasgow?

—No puedo ni imaginarlo. Esta vez la cosa está muy igualada.

—Matemáticamente le corresponde ganar al Celtic.

—¿Por qué?

—He estado haciendo cálculos de probabilidades toda la noche.

—Yo en su lugar emplearía otro método. Atizaría un pellizco a la criada, y si ella me diera un guantazo pondría un uno. Si no me dijera nada, pondría una equis.

—¿Y si le pidiera otro pellizco?

—Pues, hombre, si me pidiera dos pellizcos pondría un dos. ¿Ve lo sencillo que es hacer quinielas?

—No se burle. Mi método matemático debería enseñarse en la universidad. Es algo sensacional.

—Por eso se ha hecho usted rico.

—Todo llegará. Esta semana me juego mis últimas cinco libras, pero voy a acertar de lleno. Dejarán de burlarse de mí. Compraré toda una flota de «Rolls» y otra de «Wembley» para mí solo.

—¿Para qué quiere dos coches; tan parecidos? [2]

—Precisamente para que la gente vea que me sobra el dinero. Que puedo tirarlo.

Gary guiñó un ojo a Ethel.

Eso significaba que tampoco cobraría aquel mes. Hizo una amistosa seña a Thompson y subió a la habitación de Kim, pues ya había transcurrido el tiempo, que éste le pidió, para repasar sus deberes. Vio a Kim tendido en la cama y repasando los periódicos. Sin duda había entrado en la habitación de Gary para llevárselos.

Gary le sonrió desde la puerta, intentando infundirle confianza.

—No sabía que te interesara la Prensa, Kim.

—Bueno, es que en el colegio han hablado de esos hombres muertos por los rayos. Un amigo me ha dicho que no podía ser, y yo he querido ver si los periódicos lo decían.

—Pues lo dicen.

Kim soltó el periódico mientras se sentaba en la cama.

Luego dijo como si hablara consigo mismo:

—¡Pobre gente...!

—¿Quiénes? ¿Los muertos?

—No, esos del petróleo.

Gary arqueó una ceja.

Otra vez volvía a tener aquella lejana, aquella inconcreta, aquella extraña sensación de pesadilla.

—¿A qué petróleo te refieres? —balbució.

—Los que lo buscan en las costas de Mauritania. El periódico dice que ya llevan dos meses allí. ¡Qué tontería! ¿Es qué no se dan cuenta de que no van a encontrar nada?

Gary tragó saliva.

—Oye, Kim... Ven aquí, Kim, muchacho.

—¿Qué pasa?

—¿Tú qué entiendes de petróleos? Ni siquiera debes saber exactamente dónde está Mauritania.

—Debajo de Argelia, con un trozo de costa en la parte occidental de África, ¿no?

—Exactamente. ¿Pero eso del petróleo qué tiene que ver?

—Es que allí no hay nada.

—Pero tú... ¿cómo lo sabes?

Kim se encogió de hombros.

Parecía no dar al asunto la menor importancia.

Se sentó de nuevo en la cama y apartó los periódicos. Entre ellos Ethel había tenido cuidado de subirle los semanarios franceses *L'Express* y *Expansion*, editado por la misma empresa, y que Gary leía regularmente. En *Expansion*, dedicado a temas económicos, se leía en la primera plana: «Abandonada la búsqueda de petróleo en las costas de Mauritania. La Compañía promotora ha perdido más de cien mil libras».

Gary palideció.

Kim podía tal vez haber leído la noticia allí. Pero; ahora se daba cuenta de que no. Kim no entendía una palabra de francés. Sencillamente, él ya sabía que las prospecciones petrolíferas iban a resultar un fracaso, y eso antes de leer *Expansion*, que daba la noticia antes que los diarios ingleses por ser un semanario de Economía mejor informado.

Cuando en la redacción del Times, por ejemplo, aún se creía que las prospecciones continuarían un tiempo, los de *Expansion*, ya sabían confidencialmente que habían fracasado.

Pero un niño de diez años, ¿cómo lo sabía?

¿Y cómo sabía lo que dijo a continuación?

Porque su frase asombrosa pronunciada con la mayor

naturalidad, fue:

—Tienen que buscarlo un poco más abajo. El petróleo está frente a las costas de Liberia.

Gary sintió que empezaban a brotar unas gotitas de sudor en sus sienes.

El suelo parecía vacilar bajo sus pies.

Y otra vez sintió la boca espantosamente seca al preguntar:

—Kim, ¿sabes que anoche justamente apareció un nuevo volcán en el Pacífico?

Sí, ya lo he leído.

—Pero tú lo supiste antes...

—¿Yo antes? Bueno, tal vez sí...

Era evidente que Kim no daba a aquello la menor importancia.

Para él era como un juego. Y eso resultaba lo más asombroso, dentro de aquel conjunto de cosas increíbles.

—Kim... ¿quién te lo dijo?

—¿A mí?

—A ti, sí.

El pequeño se mordió la lengua.

—No sé si puedo decírtelo, Gary.

—A mi puedes decirme lo que quieras. Soy tu amigo. ¿Lo soy o no lo soy? ¿Es que te he engañado alguna vez?

El pequeño chascó dos dedos.

—Está bien, te lo contaré. Pero es un secreto.

—Habla...

—Promete que no se lo repetirás a nadie.

—¡Quíá! ¿A quién se lo he de repetir? A nadie...

Entonces te lo diré. Todo eso me lo ha contado papá.

Gary sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Era terrible aquella sencilla y a la vez admirable palabra:

«Papá».

¿Pero es que Kim lo había olvidado ya?

¿O no lo sabía?

¿Cómo podía ignorar que su padre, viejo compañero de Gary, estaba muerto desde varios años antes? ¿Cómo había hablado con él...?

CAPÍTULO V

LA CASA DE LA QUIETA NIEBLA

Gary intentó ponerse un cigarrillo entre los labios.

Hasta una cosa tan sencilla se le puso cuesta arriba. El cigarrillo resbaló dos veces de entre sus dedos. Miraba al pequeño Kim como si pensase que estaba viviendo un sueño.

—Kim —musitó al cabo de unos instantes—, tú ya eres un hombrecito y quizá debamos hablar con claridad de un par de cosas. Por ejemplo, de tu padre y de tu madre. Tú sabes que tu madre murió al nacer tú.

—Sí, eso me han dicho. Y tía Ethel tiene escondido un viejo retrato en el que se ve el día de la boda de papá y mamá.

—Justo. Lo tiene escondido porque no quiere atormentarte con recuerdos. Quiere que seas un chico sano, alegre. Ya sabes que desde la muerte de tu madre ella te cuidó en esta casa hasta que quedasteis solos. Tu padre también murió en acto de servicio hace no mucho tiempo. ¿Cuántas veces te ha hablado de eso?

—Muy pocas.

—Es lógico, teniendo en cuenta que Ethel no desea atormentarte. Quiere que reverencies la memoria de tus padres, pero de nada serviría para un chico de tu edad llenar la casa de retratos con crespones negros. En consecuencia, pocas veces habrás visto tú últimamente una foto de tu padre. ¿Cómo lo reconociste esta vez?

Kim dio unos pasos por la habitación.

Bruscamente parecía ya un hombre mayor, preocupado por sus pensamientos.

—Verás... Él estaba en la casa de los Perry.

—¿La casa de los Perry?...

—Sí, al otro lado del descampado. La que dicen que derribarán pronto para hacer un ramal de autopista.

—¿Y qué...?

—Bueno, pues como te digo él estaba allí. Yo le reconocí enseguida. Y voy a explicarte otro secreto. Que yo no he creído nunca que papá estuviese muerto.

—¿No?

—No. Yo más bien creo que desapareció. Que se fue de esta casa por alguna razón. Pero tú sabes que ha seguido enviando dinero.

—No es dinero de tu padre, Kim. Es la persona que el Gobierno te paga, y que por desgracia no resulta suficiente para la estupenda educación que quiere darte Ethel.

—De todos modos yo nunca he creído que papá muriera. Como es policía le habrán encomendado una misión especial y muy secreta, y ha tenido que desaparecer sin decir nada a nadie. Me di cuenta de que eso justamente era lo que tenía que haber sucedido cuando vi la historia hace dos meses en un programa de la televisión.

Gary retiró pensativamente el cigarrillo de sus labios sin atreverse a contestar.

¿Cómo quitarle a aquel muchacho la ilusión? ¿Cómo decirle que estaba equivocado y que su padre no vivía ya?

Le dejó continuar.

Kim dio otros pasos más por la habitación mientras, susurraba:

—El, al ver que me lo quedaba mirando, se puso a sonreírme. Y yo le acabé de reconocer por la sonrisa más que nada, ya que era la misma que se veía en las fotografías. Me dio dinero para que me comprase unas historietas, pero yo no se lo acepté. Sólo le dije: «Ya era hora de que hayas vuelto, papá, ya era hora...»

Gary trago saliva violentamente.

—¿Y él qué te contestó...?

—Al principio no me contestó nada, pero luego, me preguntó dónde vivía y otra serie de cosas. ¡Claro, como hacía tanto tiempo que no nos veíamos! Estuvo muy cariñoso y me aseguró que pronto nos veríamos, otra vez, pero que no hablase con nadie de lo ocurrido. Luego marchamos juntos calle abajo y entramos en una pastelería donde yo no había entrado nunca. Me invitó a una tarta helada. La más grande que había y la más cara. Por poco me acabo

hasta el plato.

Gary tenía las facciones reconcentradas, pensativas. Siguió guardando silencio.

El pequeño añadió:

—Y eso es todo.

—¿Lo has visto otras veces?

—Pues... pues sí.

—Dime una cosa, Kim. Y no me mientas porque pienso guardarte el secreto. El hombre que dejó aquí una colilla la otra noche, ¿era él?

—Pues... sí.

—¿Por dónde entra?

—Sólo ha estado aquí una vez. Nos encontramos en la puerta y le invité a pasar. En ese momento no estaba tía Ethel y tampoco nos encontramos a nadie.

—¿No le has preguntado por qué se oculta?

—No, claro que no. ¿Para qué voy a preguntárselo? Estoy seguro de que tampoco me lo diría. Le encomendaron una misión secreta.

—Ah, ya...

—Tú también debes saberlo, pero no me lo dices. Gary no se atrevió a contestar.

En lugar de eso, preguntó:

—Sigo siendo el mejor amigo que tienes, Kim. Por lo tanto me gusta que me digas siempre la verdad. ¿Es él quien te ha contado todas esas cosas sobre las matemáticas y sobre los sitios de la Tierra donde van a salir volcanes o dónde hay petróleo?

—Sí.

—¿Cómo lo hace?

—Yo voy a estudiar allí, al jardín de la casa de Perry. El siempre suele estar en el mismo sitio. Hablamos y él me repasa las lecciones. Pero siempre me dice que todo lo que estudio está muy anticuado. Por ejemplo con mis lecciones de matemáticas se echa a reír. Y con las cosas de geografía me dice que mis profesores no saben nada de nada. Que se quedan en el caparazón de las cosas. Sí, eso es lo que dice: en el caparazón de las cosas.

Ahora sí que Gary pudo fumar unos momentos. Empezaba a comprender algo.

Era muy complicada la psicología de Kim, pero al mismo tiempo

muy sencilla. El siempre se negó a admitir que su padre hubiese muerto. Un poco inspirándose en lo que le contaba Ethel, se forjó la imagen de un padre que era un gran policía internacional y al que el Gobierno encargaba misiones ultrasecretas en las cinco partes del mundo. ¿Qué tenía de extraño que durante un tiempo no hubiese podido aparecer ni por la casa donde vivía su propio hijo?

Pensando en eso, Kim había encontrado un día a un hombre que se parecía mucho al difunto. Entablaron amistad de la forma tan sencilla que le había contado. Y el individuo en cuestión debía ser un hombre cariñoso y afable, porque de lo contrario no se explicaba la paciencia que tenía con Kim. Le trataba realmente, como si fuera su propio hijo.

¿Pero era aquel hombre realmente un ser de este mundo?

Porque si lo era, ¿cómo sabía las cosas asombrosas que le había contado a Kim?

¿Podía un ser de otro planeta adoptar la forma de alguien que años antes había vivido en el mismo barrio?

¿O Gary estaba pensando absurdos?

Sí. Debía estar pensando cosas absurdas.

Mejor sería tratar de olvidarse de aquello.

Pero el pequeño añadió:

—¿Sabes? En la casa de Perry también está la señora Morrison. La que dicen que ha desaparecido.

Gary sintió frío hasta en las puntas de los pies. Sintió un frío que le encogía el alma.

Turner lanzó contra la pared su paquete arrugado de cigarrillos «Navy Cut». Era extraño aquél gestó en él. Como era igualmente extraño que fumara tanto. De pasada, Gary había descubierto también en el cajón de su jefe una botella de *whisky*. Todo esto indicaba que Turner estaba perdiendo el control de sus nervios y que los últimos sucesos amenazaban con acabar con él totalmente.

—No he dormido en toda la noche —reconoció—. Tengo a medio Scotland Yard cribando Londres y no consigo nada. ¿Usted dónde estaba, Gary?

Gary contempló a través de la ventana las sombras de la noche.

Llevaba sólo una hora en Scotland Yard, adonde había llegado después de su conversación con Kim. Pero si había hecho acto de

presencia en el despacho de Thurner, era sólo para justificar su cargo y su sueldo. En realidad lo que él deseaba era investigar por su cuenta. Era ir cuanto antes a la casa de Perry. A la llamada «casa de Perry».

Thurner le miró recelosamente.

—No sé por qué me huelo que usted sabe algo, Gary.

—No, claro que no. Si usted no ha averiguado nada. ¿Qué quiere que averigüe yo?

—A veces un hombre solo hace más que quince, aunque sólo sea por el hecho de que mete menos ruido.

Eso era lo que pensaba Gary. No es que quisiera lucirse personalmente, porque eso le tenía sin cuidado. Pero si contaba a Thurner lo que sabía, éste enviaría allí una legión de coches patrulleros y le espantaría la caza. O podía muy bien ser que no le creyese, con lo cual Gary sólo conseguiría quedar en ridículo.

Thurner chascó dos dedos.

¿No vive usted en Bumberry Hill?

—Sí, muy cerca de allí.

—Pues justamente ha aparecido un cadáver. Sí, en Bumberry Hill, muy cerca de donde usted vive. Era un hombre de unos treinta años. Lo habían matado de una forma extraña.

—¿Con qué...?

Yo diría que con un compás. Con un compás grande y sólido, por supuesto. Le clavaron tan fuertemente la punta en una sien que murió al instante. No hemos encontrado el compás, de modo que lo que le digo es sólo una hipótesis. Pero el forense casi lo afirmaría.

Gary guardó silencio.

Todo aquello no guardaba la menor relación con lo que le estaba inquietando. Pero con un poco de mala, suerte, Thurner le encargaría del asunto a él.

Y eso fue lo que sucedió.

Thurner le apuntó con el dedo.

—Quiero que usted lleve este caso, Gary. Al fin y al cabo ha estado fracasando en lo otro, y además conoce a los vecinos de Bumberry Hill. Vea el cadáver y luego inicie las averiguaciones. Tendrá a sus órdenes al sargento Murdock y a tres hombres. Hala, muévase. Demuestre que el Gobierno le paga espléndidamente.

A Gary lo de espléndidamente por poco le da un ataque de hipo.

Pero fue a salir.

Thurner le dijo desde detrás de su mesa:

—Ah, oiga, un dato... El muerto era también ingeniero de telecomunicaciones. ¿No le dice eso nada?

Gary sintió otra vez frío.

Frío en las puntas de los pies.

¿Se estaría volviendo ya un viejo de los que sólo piensan en leer al lado de una estufa?

El cadáver estaba tendido en la mesa y le recosían el cerebro después de la autopsia. A Gary siempre le habían dado angustia aquellos manejos, pese a los muchos años que llevaba viendo muertos. Se limitó a tomar nota del hombre y señas del difunto, así como las del sitio en que trabajaba. Al menos en cuanto a ese detalle de las señas, no parecía haber tenido ninguna relación con los otros muertos, puesto que cada uno de ellos trabajaba en un sitio distinto de Londres. Examinó también la herida y, efectivamente, llegó a la conclusión de que podía haber sido causada por la punta de un compás grande. Es evidente que los ingenieros de telecomunicaciones usan compases. El crimen pues, adquiriría un matiz que obligaba a circunscribir las sospechas a un círculo muy limitado.

El forense murmuró:

—Le veo muy preocupado. ¿Qué piensa hacer?

—Por lo pronto, investigar entre los vecinos. La cosa aburrida de siempre. Lo que llamamos la criba.

Salió.

Ya estaba muerto de prisa por llegar a Bumbery Hill.

No disponía de coche propio, puesto que su «Morris» estaba en el taller de reparaciones, después de haber sido medio pasado por la parrilla. Pero le habían prestado un «Austin» de la policía con el que pudo llegar pronto al suburbio de Londres en el que habían empezado sus pesadillas. Dejó el coche en una pequeña plaza y se dirigió a pie al lugar en que había aparecido el muerto.

La luna lo iluminaba todo con casi perfecta claridad.

El sitio en que había sido hallado el cadáver era una hondonada entre varios solares de desnivel irregular, y en los cuales crecía la hierba. Gary lo examinó todo atentamente y no encontró nada de especial, salvo las mil huellas, que allí había dejado la policía en

busca de huellas precisamente. Tuvo la sensación de que estaba perdiendo el tiempo.

Lo que quería era llegar a la casa de Perry.

Por un sendero que blanqueaba la luz de la luna, llegó hasta allí.

Todo tenía un aire siniestro.

Los grandes árboles a los que la claridad lunar proyectaba una espesa sombra. Las superficies desnudas en las que, entre la hierba, sólo se alzaban algunas casas aquí y allá. Y el silencio, sobre todo aquel silencio mortal que parecía poder palpase.

Toda aquella zona había sido afectada muchos años atrás para la construcción de un ramal de la autopista. Las viejas casas se hallaban abandonadas y un barrio nuevo se alzaba a cosa de media milla, precisamente donde habitaba Gary, en la casa Ethel. Todo producía el efecto de un paisaje situado a muchas millas de Londres, de un paisaje abandonado, misterioso, lleno de claroscuros siniestros.

¿Dónde diablos estaba la que llamaban casa de Perry?

Él la recordaba vagamente. Tenía que ser la última del sendero.

Siguió avanzando mientras no escuchaba más que el rumor de sus propias pisadas. Aquel silencio tan extraño... Aquel silencio que llegaba a penetrar en los nervios...

Y entonces la voz:

—Perdone. ¿Sabe usted dónde está la que llaman la casa de Perry?

Gary se volvió violentamente hacia un árbol, como si la voz hubiera brotado del tronco. Y no se equivocaba demasiado, porque, en efecto, había brotado de junto de él. El «Jaguar», pese a ser grande, quedaba tan tapado por la sombra del copudo árbol que no lo había distinguido, y la muchacha le miraba desde la ventanilla con sus grandes ojos. Con sus ojos preciosos, inmensos. Y le mostraba descuidadamente unas piernas que hubieran puesto en pie al público de un teatro.

La chica, con la portezuela abierta, insistió:

—Perdone, pero es la única persona que he visto por aquí y temo haberme perdido. ¿Conoce usted esa casa? ¿La de Perry?

Gary miró con más atención a la chica.

Era preciosa.

Con aquella cara y... ¡y sobre todo con aquellas piernas...!

«Eres una imprudente —pensó—. Podías haber tenido mala suerte... En estos parajes podías haberte encontrado con un maniaco sexual, en vez de con un policía».

Trató de sonreír.

—No estoy muy seguro —musitó—, pero me parece que es la última del sendero.

—Gracias. ¿Va usted allí?

—No, yo vivo cerca. Solamente daba un paseo.

—Sí, la noche es apacible... Muchas gracias y hasta pronto.

Cerró la portezuela y fue a arrancar. Gary alzó una mano.

—Eh, oiga.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué quiere usted ir a la casa de Perry? ¿No sabe que está deshabitada?

—Justamente. Si estuviese habitada no la alquilaría.

—¿Es que va a alquilarla?

—Soy pintora. Me gustaría mucho hacer unos cuadros aquí.

—Está afectada por el ramal de una autopista. La derribarán pronto.

Ella sonrió.

—Bueno, yo no voy a esperar a que la derriben... Estaré pintando como máximo un mes o un mes y medio. Luego me iré. Oiga, por cierto... ¿por qué no me acompaña? Sentiría molestarle, pero temo perderme otra vez. Ya me he hecho un lío con todos estos senderos.

—¿Y por qué viene de noche?

—Porque mi madre me lo advirtió: «Oye, Isa, todo aquello es siniestro de noche. No quiero que vivas allí ni un mes tan solo». Y yo he deseado convencerme por mí misma.

—Realmente es siniestro —dijo Gary, mientras se introducía por la otra portezuela, que ella acababa de abrir.

Y miró a la chica.

Podía ser que la casa de Perry estuviera llena de habitantes de otros mundos. Pero la chica era de este mundo, de eso no cabía duda alguna. ¡Claro que no! ¡Menuda delantera! ¡Y menudas piernas...!

Llevaba una mini.

Al apretar un poco el pedal del gas, la falda se levantó hasta

unas alturas que mareaban.

—No piense que soy una pintora famosa —dijo ella—. Oh, nada de eso... Pero me gusta la verdad el paisaje, y por eso pinto siempre del natural. ¿Es ésa la casa de Perry? ¿Puedo frenar?

—Sí, frene.

Ella miró a través del parabrisas.

—Hum... Es verdad que tiene un aspecto siniestro... No le faltaba razón a mi madre.

—¿En qué parte de Londres vive usted?

—En Pall Mall.

—Un sitio muy distinto a éste.

—Por eso he venido, porque me gusta el contraste. Y a todo esto... ¿qué tal es el vecindario? ¿Qué opina usted?

—Aquí no hay vecindario, Isa. Porque usted se llama Isa, ¿verdad? Las únicas casas están al otro lado de la carretera. Precisamente yo vivo allí.

—Me ha hecho un gran favor al acompañarme. Y ahora, con su permiso vuelvo a casa.

—¿No quiere echar un vistazo al interior?

Ella le miró con una súbita chispita de desconfianza en sus limpios, pero sensuales ojos.

—¿Cree que es prudente?

—Conmigo sí.

—Usted tiene cara de buena persona, pero me han dicho que a las buenas personas también les gustan las chicas.

Gary rió mientras mostraba su credencial de Scotland Yard. Quizá fue un error hacerlo, pero le molestó que la muchacha tuviese miedo de él. Quiso tranquilizarla.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—También es casualidad... A mí me parecía estar algo así como en otro planeta y de pronto aparece un hombre. Y el único hombre que pasa por allí resulta que es un policía. ¿Por qué viene por estos parajes? ¿Es que hace alguna investigación?

—No —mintió Gary—. Simplemente paseaba. Ya le he dicho que vivo cerca, al otro lado de la carretera.

Isa rió también, con una risa cristalina, sana y fuerte.

—De acuerdo, entonces ya veo que puedo confiar en usted. ¿Vamos adentro?

Uniendo la palabra al gesto, se acercó a la casa. Ésta era de piedra y madera. Era una de las casas más viejas de la comarca. Pero conservaba sus cristales intactos, y en esos cristales rielaba quieta y misteriosamente la luz de la luna.

Los peldaños del porche crujieron al poner en ellos los pies.

Dio la sensación de que ellos se movían más allá de las paredes, más allá del misterio que las rodeaba:

—No le gustará esto —musitó Gary—. Si alquila la casa, ¿también va a quedarse aquí por las noches?

—Pues claro... Yo soy una imitadora de los pintores de la Escuela de Barbizon. Pinto al amanecer [3].

En su lugar no me quedaría.

Gary empujó la puerta.

El pensamiento de que Kim venía allí a repasar sus lecciones le sobrecogió por un momento. ¿Qué peligros había corrido el pequeño sin saberlo? ¿Qué cosas horribles había visto sin que su inteligencia llegara a captarlas?

Un cierto vaho de humedad lo recibió al trasponer la puerta. Era ese olor especial de los sitios abandonados, cerrados, casi muertos. Ese olor especial de los sitios donde no hay nadie. ¿Nadie? ¿Entonces qué hacía aquella lucecita allí al fondo? ¿Y qué hacía aquella cosa que se movía?

Isa preguntó en voz alta:

—¿Quién hay aquí?

Parecía asustada.

Su voz despertó ecos misteriosos antes de perderse entre las sombras.

Gary susurró:

—Eso que se mueve lo hace a impulsos del viento. Hay corriente de aire de un lado a otro de la casa...

Lo detuvo.

Era un mueble que no tenía sentido allí.

Un mueble que pareció transmitir a su mano una corriente helada.

Isa musitó:

—¿Qué hace esto aquí?

—No lo entiendo...

—¿Pero qué es?

—Una... una silla de ruedas...

El pensamiento estaba allí, y hacía daño en el cerebro de Gary como un pinchazo hace daño en la piel. Una silla de ruedas... ¿qué significaba eso? Aunque en cierto modo tenía sentido. Pero un sentido horrible. ¿No le había dicho Kim que estaba allí la desaparecida señora Morrison? ¿Y no era cierto que la señora Morrison tenía que descansar en una silla de ruedas?

Todo parecía dar unas vueltas muy lentas en torno a Gary.

Las lentas vueltas con que las cosas se mueven en las pesadillas.

La muchacha balbució:

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—Parece que no le ha gustado encontrar esta silla de ruedas...

—Es que no tendría que estar aquí.

—¿Y la luz que había al fondo? Se ha apagado ya...

En efecto, ahora las tinieblas les rodeaban.

Unas tinieblas más espesas cada vez.

Porque la luna se había ocultado.

Y la casa iba siendo rodeada por una suave, pero, persistente neblina.

—Vámonos de aquí...

De pronto la muchacha parecía temblar de miedo.

Sus dedos sujetaban nerviosamente el brazo derecho de Gary. Sus dientes castañetearon en la oscuridad.

—Vámonos de aquí —insistió—. Vámonos...

Gary la acompañó hasta la puerta, retrocediendo de espaldas.

Le era imposible decir lo que sentía.

Quizá era una mezcla de curiosidad y de temor, un deseo de saber y al mismo tiempo la convicción de que nunca averiguaría nada, porque se enfrentaba a algo llegado del otro mundo.

Las tablas del porche volvieron a cruji.

Gary musitó:

—Usted tiene un coche magnífico... Váyase y no vuelva nunca más. Creo que será mejor.

La vio abrir la portezuela y entrar en el lujoso vehículo. Un momento después escuchaba el suave runruneo del motor. La luz de los faros rasgó las recientes cortinas de niebla.

Gary casi sintió alivio al verla desaparecer. Estaba mejor solo.

No quería que aquella muchacha desconocida, la de las piernas de campeonato, corriese ningún peligro. Y tampoco quiso investigar allí de noche.

Ahora no vería nada, y por el contrario podría caer en una trampa.

Ya volvería a la mañana siguiente. Todas las cosas extrañas que pudiera haber en aquella casa las vería mejor a la luz del sol.

Cuando regresó a Bumberry Hill, Ethel le esperaba en el vestíbulo.

Thompson, el infatigable, estaba haciendo sus cálculos para rellenar quinielas.

No quedaba nadie más.

Ethel se apoyó en una de las paredes.

Sus ojos quietos, pero brillantes, envolvieron la figura del hombre.

—Ya me tenías intranquila, Gary. Creí que ibas a venir antes.

—He tenido que ocuparme de una serie de cosas. Todo está más confuso cada vez.

—Llevas los zapatos manchados de barro...

Gary se los miró. En efecto, había andado por senderos donde la tierra estaba muy húmeda. También en las yemas de los dedos había algo de polvo, a causa de haber puesto sus manos en sitios de la casa donde al parecer hacía muchos meses que no las ponía nadie.

—Creo que me conviene dormir, Ethel —musitó—. Necesito olvidarme de una serie de cosas.

—Sí, Gary. Haces cara de estar cansado.

Ethel era de esas mujeres admirables y sacrificadas que siempre dicen que sí.

Lo que pasaba era que nadie se lo agradecía.

Ni Gary.

Gary se limitó a decir:

—Dale un recado a Kim mañana por la mañana, cuando se despierte. Le dices que si vuelve a repasar sus lecciones en el sitio que él y yo sabemos, le parto la cara...

CAPÍTULO VI

EL HIJO DE LA LUZ

Era bastante temprano cuando Gary salió de la casa. Tenía ganas de hablar con Kim, pero éste había madrugado más aún, como si se temiera algo. Y había salido para el colegio a una hora absurdamente temprana, con gran extrañeza de Ethel, que no lo comprendía.

De todos modos, Gary no perdió el tiempo.

Ya hablaría con Kim más adelante.

A buen paso, cruzando los campos bajo la mañana neblinosa, se dirigió a la casa de Perry.

Todo tenía un aspecto muy distinto de la noche anterior.

Hasta parecía alegre.

O al menos el paisaje era hermoso, con los inmensos prados verdes entre los que se alzaba la vieja casa.

Gary vio muy bien marcadas las huellas del «Jaguar».

Y muy bien marcadas también otras huellas, que eran las de sus zapatos y las de los zapatos de Isa. Pero no eran éstas las únicas. Distinguió asimismo las de otros zapatos femeninos que se caracterizaban por un tacón cuadrado marcado fuertemente en el suelo.

Gary arqueó una ceja.

¿Otra mujer allí?

El hubiese jurado que la noche anterior no estaban las huellas. Aunque sólo contaba entonces con la luz de la luna, había examinado el terreno bastante bien.

Gary subió al porche. Las maderas crujieron como la noche anterior, lenta y quejumbrosamente.

Empujó la puerta.

La casa ya no le pareció tan triste, tan sórdida. Había aún unos cuantos muebles, y la luz clara que entraba por las ventanas lo cambiaba todo. Lo curioso era que la silla de ruedas aún se encontraba allí. Una silla de ruedas inexplicable. ¿Quién diablos la había traído?

Gary oyó un leve roce.

Se volvió.

Y entonces pudo verla.

No era una visión desagradable, desde luego. Todo lo contrario. Desde que empezó aquella condenada aventura, Gary había conocido ya a una mujer muy bonita, y ésta era la segunda. Porque la que ahora veía, no tenía nada que envidiar a Isa. En cuanto a belleza y juventud, claro, porque en lo demás las diferencias resultaban notables. Isa era una millonaria, y ésta era una pobretona. Isa viajaba en un «Jaguar», último modelo, y ésta tenía aspecto de haber atravesado todo el país a pie. Sus zapatos estaban destrozados. Y eran unos zapatos de tacón cuadrado y grueso como los que habían dejado las huellas.

Usaba un abrigo de media estación muy descolorido, el borde de su falda estaba algo roto y llevaba las medias llenas de carreras.

No se asustó al ver a Gary.

Al contrario, casi tuvo una sonrisa de alivio.

—¿Usted es el dueño de esta casa? —musitó.

—No. ¿Por qué?

—Como ha entrado de esa manera...

—La casa está abandonada —murmuró Gary—. Supongo que la derribarán pronto.

—Ah, ya...

—Me hace el efecto de que usted esperaba encontrar a alguien. ¿Ha pasado la noche aquí?

—Sí, puesto que no he encontrado ningún otro sitio mejor. Y esperaba que viniera el dueño de la casa o alguien parecido, con la confianza de que... bueno, de que me ayudaría.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Judith Tamarova.

—Su apellido no me parece inglés...

—Cierto. Soy extranjera.

—¿Y está en apuros?

—He llegado ilegalmente a este país.

Gary arqueó una ceja.

«¡Si imaginaras que estás hablando con un policía!», pensó.

Pero no deseaba perjudicar a aquella muchacha, sino todo lo contrario: ayudarla.

—¿Por qué ha entrado ilegalmente aquí? ¿Qué es lo que busca en Gran Bretaña?

—A mi familia. He vivido muchos años en El Cairo, pero los egipcios me encarcelaron por ser judía. Cuando me pusieron en libertad no sabía adónde ir, ya que me habían expulsado del país. No quería ir a Israel porque me sentía incapaz de vivir en un país en guerra. Al fin vine aquí clandestinamente. Mis únicos parientes estaban en Gran Bretaña, pero no he podido encontrar a ninguno de ellos.

—Y pasa por un mal momento, ¿no?

La muchacha cerró los ojos.

Pareció vacilar.

Y entonces se dio cuenta Gary de que el color de su piel no era normal, de que tenía que estar forzosamente, pese a su juventud, muy débil o muy enferma.

—¿Qué le pasa?

—No me siento bien...

—¿Ha estado aquí toda la noche?

—Sí.

—¿Y qué ha visto?

—Nada, nada absolutamente. Esto está más abandonado que el desierto del Sinaí antes de la guerra.

—La ayudaré —musitó Gary—. ¿Estaba ya enferma cuando entró en este país?

—Sí, y ésa fue la razón de que entrara clandestinamente. Las autoridades sanitarias inglesas no me hubieran permitido pasar.

—Imagino que lo primero que necesita es comer algo. Después de eso se sentirá mucho mejor.

—No tengo el menor apetito.

Gary pensó que ése era un mal síntoma, pero se cuidó de comentarlo. Le inspiraba simpatía aquella muchacha que no era sino una víctima más de nuestro mundo desquiciado por las guerras. Pensó que en la pensión de Ethel podría descansar y al

mismo tiempo recibir la visita de un médico.

Porque a la chica le ocurría algo, eso era seguro. Y no se trataba sólo de cansancio o de hambre.

—¿Por qué no me acompaña? —preguntó.

—¿No va a denunciarme a la policía?

—Ni soñarlo. La llevaré a un sitio donde podrán atenderla. Vamos, sígame. No tenga ningún miedo.

Ella le siguió dócilmente.

Andaba con dificultad.

Parecía al borde de sus fuerzas.

—¿De veras que no ha visto a nadie? —preguntó Gary mientras salían—. ¿A nadie en toda la noche?

—Le aseguro que no.

Gary pensaba de una manera obsesiva en aquella silla de ruedas, pero terminó haciendo un esfuerzo por olvidarla. Atravesaron poco a poco los campos silenciosos y vacíos para dirigirse a Bumberry Hill.

Ethel estaba cerca de la entrada. Ethel tenía un carácter dócil y recibía bien a todo el mundo. Dirigió una sonrisa a la recién llegada, a pesar de que no la conocía.

—Por favor, prepárale algo de comer —dijo Gary—. Mientras tanto yo llamaré a un médico.

—¿Es que ocurre algo?

—Nada de especial, ya te contaré.

Y Gary fue hacia la gran sala donde se reunían los huéspedes, dejando el vestíbulo atrás. El teléfono estaba en aquella sala, junto a Thompson, que seguía incansable haciendo cálculos para sus quinielas.

—Si diera con una buena combinación... Esta semana tienen que producirse sorpresas, estoy seguro. ¿Pero qué probabilidades hay de que las sorpresas sean dos, tres o más? ¿Cuánto tiempo hace que no gana nadie en el campo del Glasgow Rangers? ¡Maldita sea! ¡Esta semana va a haber millones a ganar! ¡Y yo daré con la fórmula!

Gary ni siquiera le escuchó porque Thompson siempre estaba diciendo lo mismo.

Ethel venía tras él.

—Gary, han llamado dos veces desde Scotland Yard.

—¿Sí?

—Era el inspector Thurner. Dice que le llames. Quiere saber tu primera impresión acerca del caso que te encargó anoche.

—De acuerdo enseguida le llamaré. Por favor, Ethel, procura que esa chica esté bien atendida.

—No te preocupes, Gary.

La muchacha fue de nuevo hacia el vestíbulo, volviendo sobre sus pasos.

Y de pronto giró hacia Gary. Estaba pálida como una muerta.

—¡Gary!

—¿Qué pasa?

—¡Ha desaparecido!

—¿Pero qué dices?

—¡Se ha ido! ¡No lo entiendo, pero se ha ido! ¡Ya no está!

Gary se mordió el labio inferior. Su primer impulso fue perseguir a la mujer, pero no tenía ningún derecho a hacerlo. Y faltaba saber si la encontraría en el laberinto de caminos que nacían en aquel lugar.

—Has dicho en voz demasiado alta lo de la llamada del Scotland Yard, Ethel. Ella huía de la policía.

Ethel quedó anonadada.

Sus ojos, casi infantiles, se cerraron en una mueca de sufrimiento.

—Soy tonta, Gary. Siempre hago las cosas mal.

Gary sintió como ya le había ocurrido muchas veces, una suave ternura hacia aquella muchacha que no había hecho más que sufrir, aceptar responsabilidades sin tener ninguna compensación a cambio.

—No te preocupes, Ethel, cualquiera hubiera cometido la misma equivocación. ¿Dijiste a Kim lo de que no quería que repasara las lecciones en aquel sitio?

—Sí, y se ha enfurruñado mucho. ¿Pero qué sitio es ése, Gary? ¿Qué pasa?

—Nada... Un secreto sin importancia entre Kim y yo. No hagas demasiado caso.

Y discó el número de Scotland Yard para ponerse en comunicación con el inspector Thurner.

Un cuarto de hora después, Gary volvía a la casa de Perry. Quería averiguar muchas cosas más que no había descubierto en su

primera visita. Y la vio solitaria como siempre, quieta, vacía, tan siniestra a la luz clara de la mañana como lo había estado durante la noche.

Entró y miró la silla de ruedas.

Estaba en el mismo sitio.

Nada había cambiado desde que conoció allí a Judith. El aire parecía haberse estancado en un silencio de siglos. Todo daba una extraña sensación de irrealidad.

Aquella silla, ¿podía ser la de la desaparecida señora Morrison? Y el hombre que se hacía pasar por el padre de Kim, ¿dónde estaba?

La voz llegó hasta allí desde el lado opuesto del vestíbulo.

—¿Quién es usted?

Gary se volvió.

Tuvo una violenta sorpresa, porque en el primer instante le sobrecogió la sensación brutal de estar viendo otra vez a su antiguo amigo, muerto varios años antes. Y el pensamiento de que unos habitantes de otro mundo pudieran adoptar en la Tierra la forma que más les interesase, fue por unos momentos tan intenso que hasta le dejó sin respiración.

El hombre repitió:

—¿Quién es usted?

No obstante, lo indiscreto de la pregunta, tenía una sonrisa agradable.

Gary lo miró mejor antes de contestar. Se parecía en efecto, bastante al difunto padre de Kim y hermano de Ethel. No era extraño que se hubiese confundido el pequeño, que sólo había visto de su padre unos cuantos retratos antiguos. Pero, fijándose bien, se apreciaban las diferencias. Éste no era un hombre tan fuerte como lo había sido el viejo amigo de Gary. Tenía, en cambio, un aire más intelectual. Sus ojos eran profundos, quietos y reflexivos. Daba la sensación de poder ver siempre algo que estaba más allá de lo que veían otros.

Gary era un hombre frío, analítico. Pero esta vez no podía evitarlo: continuaba teniendo aquella oscura sensación de irrealidad y de pesadilla.

El hombre avanzó hacia él, sin hacer caso de su silencio.

—Yo me llamo Foster —dijo—. Vivo en esta casa.

—¿La tiene usted alquilada?

—No, no es exactamente eso. Me encuentro aquí de paso.

—Yo me llamo Gary. Soy un inspector de Scotland Yard.

El otro no se impresionó ante aquellas palabras que hubieran puesto en guardia a cualquiera.

—¿Es que ha ocurrido algo ilegal por aquí, inspector? ¿Está investigando?

—Hace unos días desapareció una mujer de este barrio. Estaba semiparalítica: —dijo Gary mirando significativamente la silla de ruedas.

—Ah, diablo...

—También apareció por las cercanías el cadáver de un hombre. Era un ingeniero de Telecomunicaciones. Extraño, ¿verdad?

—Y tan extraño —dijo Foster (si es que realmente se llamaba así)—. Supongo que se trataría de un viejo compañero mío.

—¿Qué dice...?

—Yo también soy ingeniero de Telecomunicaciones.

Gary estaba asombrado.

Aún más: estaba petrificado.

Todos los muertos hasta entonces habían tenido aquella profesión, lo cual era realmente extraño.

Pero más extraño era aún si se tenía en cuenta que los ingenieros de telecomunicaciones son unos profesionales más bien escasos, y que no abundan ni mucho menos como los abogados, los médicos o los químicos.

—Precisamente buscaba a mí amigo —continuó Foster—. Desapareció hace un par de días y no sabía dónde encontrarlo. Lo que usted acaba de decir me deja consternado. De modo que han acabado con él... Es... es increíble...

Gary apretó los labios.

—¿Había alguna razón para que trataran de matarlo?

—Ninguna.

—¿Tenía enemigos?

—¡Qué va a tenerlos...!

—¿Esto qué es? ¿Una escuela de telecomunicación? ¿Por qué se reúnen ustedes aquí?

—Es un excelente lugar para nuestros cálculos. El meridiano de Greenwich, que pasa muy cerca, nos sirve de excelente referencia para nuestro modo especial de calcular. Estamos haciendo una serie

de operaciones matemáticas.

—Ah... ¿Es que son varios?

—Ahora sólo quedamos dos.

—¿Es que han desaparecido otros?

—Pues... sí.

Gary no dudó ni un momento de que los otros eran los muertos.

Los que habían sido extrañamente ejecutados... desde el cielo...

Cada vez se acentuaba más aquella sensación de pesadilla.

La de no saber si pisaba la tierra, con sus problemas y sus angustias, o estaba pisando un planeta desconocido.

Foster continuó:

—Ni que decir tiene que los he buscado inútilmente. Lo que usted dice me deja petrificado.

—¿Es que usted no lee periódicos?

—Aquí no.

—¿No va a ningún sitio público para comer? ¿Un sitio donde se comenten las noticias?

—Para trabajar mejor y no perder el tiempo, todos nos trajimos unas provisiones.

«A lo peor no comen...», pensó Gary, que ya no sabía qué creer.

—¿Y dónde duermen?

—En unas habitaciones que hay atrás.

Gary pensó: «A lo peor no duermen...»

—Usted que es ingeniero de telecomunicaciones, ¿no tiene un aparato de televisión portátil? ¿Ni siquiera oye la radio?

—Tenemos aparatos de radio, pero los empleamos para calcular distancias y no para escuchar los programas.

—¿Dónde los tienen?

—En el coche aparcado cerca de aquí. Si quiere puedo enseñárselo.

—Tal vez más tarde —dijo Gary—, aunque no estoy en plan de policía. ¿Conoce usted a un niño llamado Kim?

El otro sonrió.

—Sí, por supuesto. Y ocurre algo extraño con él. Extraño y conmovedor al mismo tiempo. Por lo visto el padre de ese muchacho murió hace años y él no tiene más que un vago recuerdo de su cara. Se ve que yo me parezco algo a él, y ya el primer día de verme me llamó papá.

Gary se mordió el labio inferior.

Aquel hombre parecía sincero. Hasta ahora no daba sensación de haber mentado.

Claro que si era un hombre que sabía que iba a aparecer un volcán en el mar de Behring, también podía saber las conversaciones que habían tenido Kim y él. Y por lo tanto le sería facilísimo preparar las respuestas más oportunas.

—Parece que usted se ha hecho muy amigo de Kim —dijo.

—Mucho. Es un chico encantador.

—Le ayuda a repasar las lecciones, ¿no?

—¿Usted cómo lo sabe?

—Kim también es amigo mío.

—Sí —dijo Foster riendo—, le ayudo a repasar las lecciones. Llegará lejos ese muchacho. Lo entiende todo fácilmente.

Gary chascó dos dedos en el aire con un gesto brusco.

Foster, el hombre que estaba ante él, llevaba un chaquetón de piel de ante muy deportivo. Todo él era deportivo en realidad, y daba la sensación de cualquier cosa menos de un ser de ultratumba. Pero lo que llamó la atención a Gary no fue eso, sino el estuche que sobresalía de uno de sus bolsillos.

—¿Qué es eso?

—Mi estuche de compases.

—¿Quiere enseñármelo?

—Claro que sí; con mucho gusto.

Y le tendió el estuche. Gary lo abrió; era muy completo y había compases de todas las medidas. Pero el que le llamó la atención fue uno muy grande, muy sólido, una de cuyas puntas estaba torcida, como si con ella hubieran asestado un gran golpe.

Los ojos de Gary se entrecerraron.

Estaba seguro de que tenía en sus manos el arma homicida. Una simple mirada del forense lo confirmaría.

Y estaba seguro también de que tenía ante él al asesino. Por lo menos de la última víctima, porque los otros, ¿cómo había podido matarlos? ¿Cómo, a menos que fuese un ser de otro mundo?

Foster murmuró:

—¿Qué le pasa?

—Nada, excepto que tendré que quedarme esta caja de compases.

—¿Por qué?

—Hay una denuncia por robo de un estuche parecido. Es una simple comprobación.

—De acuerdo, pero ¿cuándo me la devolverán? La necesito para mis cálculos.

—Puede reclamarla en Scotland Yard, despacho del inspector Gary, a partir de mañana. Pero si usted va a permanecer aquí, se la traeré yo mismo.

—Supongo que permaneceré aquí.

Foster ni siquiera le pidió que se identificase como miembro de Scotland Yard, lo que hubiese sido lo más lógico. Pero esto, en lugar de infundir a Gary una sensación de confianza, aún le intranquilizó más. ¿No sería que aquel hombre no necesitaba hacer preguntas porque ya sabía todas las respuestas?

Gary sentía otra vez aquel extraño frío en la espina dorsal.

Por su parte le hubiera hecho docenas de preguntas, pero no se atrevía. Por primera vez en su vida sentía miedo de lo que alguien le pudiera contestar.

Sus labios sólo se entreabrieron para decir:

—Si usted vive prácticamente aquí, ¿no ha visto a una mujer ya anciana y que está semiparalítica?

Foster también había clavado sus ojos en la silla de ruedas.

—No, no la he visto.

—¿Sabe quién ha traído esa silla aquí?

—Está hace varios días —dijo tranquilamente Foster.

—¿No sabe de quién es?

—No, no tengo ni idea.

Foster no se inmutaba.

La suave sonrisa de sus labios era la de un hombre que ya nada puede sorprender.

A Gary le ocurrió algo que no le había ocurrido jamás.

No pudo resistirlo.

La sensación de pesadilla era más fuerte que él.

—Espero que nos veamos otra vez, Foster —dijo—. Es decir, seguro que nos veremos.

Y salió de allí.

Su cerebro era un caos.

No sabía qué pensar. En este momento sólo hubiera deseado

embrutecerse y cerrar los ojos.

Salió de la casa, deseando respirar un poco de aire puro y pensando que no iba a encontrar a nadie más. Pero tuvo la sorpresa, porque entre los prados vio detenerse el «Jaguar». Y dentro del mismo la chica de las piernas succulentas.

CAPÍTULO VII

UNA CHICA COMPRENSIVA

Las piernas succulentas se habían movido un poco, mientras su dueña se desplazaba hacia adelante en el asiento. Cada vez que aquella muñeca movía sus extremidades era como para producir una revolución. Gary, mientras avanzaba, se preguntó si eran más perfectas aquellas piernas o las de Ethel.

Difícil de elegir.

En cuestión de piernas, dudaba que hubiese en Inglaterra otras más perfectas.

Si aquellas dos mujeres se ponían a bailar juntas en un escenario, la gente se comía las butacas.

Ella sí que no era de otro mundo. Era de éste, ¡y de qué manera!

Gary la devoró con los ojos en contra de su voluntad, porque nadie puede permanecer indiferente ante una exhibición de esa categoría. Y cuando Isa se hizo a un lado para cederle un puesto en el diván delantero él aceptó enseguida.

Le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó.

—¿Por qué ha vuelto?

Isa se encogió de hombros.

—No sabría explicarlo. Quizá es que todo esto me sugestionaba.

—Creí que anoche estaba asustada.

—Y lo estaba, es cierto. Pero esta noche, mientras no podía dormir, he estado pensando y pensando... Definitivamente este lugar tiene algo. Creo que no puedo resistir la tentación de vivir algunos días aquí.

—Usted dice que va a alquilar el edificio. ¿Y a quién va a alquilarlo si esto no tiene dueño?

—Se equivoca. Hay una sección en el ayuntamiento de Londres

que administra estos edificios que ya han sido expropiados, pero que aún no han sido derruidos. Me dijeron que podían alquilármelo por una temporada y que el dinero iría a no sé que otra sección benéfica.

—¿Sabe que aún está allí aquella silla de ruedas?

—No me extraña. ¡Hay en esa casa tantas cosas que no tienen sentido! Pero quizá sea precisamente eso lo que me fascina.

—¿Va a quedarse ahí definitivamente?

—Creo que sí.

—Yo, en su lugar, lo olvidaría. Además hay un hombre.

Ella rió, echando la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo del asiento. Su suave y tersa garganta se mostró a los ojos de Gary.

Unos ojos que seguían subyugados.

Que no podían olvidarse de la condenada belleza de aquella mujer.

Ella musitó:

—¿Por qué me mira de ese modo?

—¿Cómo la miro?

—Igual que si quisiera devorarme.

Gary pensó que no se equivocaba demasiado.

Los ojos le traicionaban.

Además, qué demonio, jamás había besado a una millonaria de esas que llevan un «Jaguar».

Isa musitó:

—No está bien que un policía piense esas cosas.

—¿Qué estaba pensando?

—En besarme.

Gary parpadeó.

—No te falta razón. Pero tienes tantos sitios para besarte que uno no sabe por dónde empezar.

—No seas hipócrita.

—¿Crees que lo soy?

—Mucho.

—No veo la causa.

—Claro que lo eres. En tu interior ya has decidido al sitio por el que valdría la pena empezar a besarme.

—¿Por qué sitio?

Ella volvió a reír.

Tenía una risa lenta, voluptuosa.

Una risa cargada de tentaciones.

—La garganta no la tengo fea, ¿verdad? —musitó.

Gary se estremeció.

¿Cómo lo había adivinado ella de aquel modo? ¿Cómo sabía qué...?

Pero una especie de fuerza ciega se impuso en él.

¡Al diablo los pensamientos!

Un instinto brutal le hizo besarla. Fue como un frenesí. Una fuerza que llegaba desde lo más hondo le hizo buscar la caricia de su piel.

Ella no se opuso.

Al contrario. Mantuvo aquella posición tentadora de la garganta mientras la buscaban los labios del hombre.

Gary no se daba cuenta de nada más, pero había otras personas que sí que se daban cuenta.

Y fue entonces cuando empezó la fiesta.

CAPÍTULO VIII

LISTOS PARA EL FUNERAL

Realmente Gary no advirtió aquello hasta que las cosas ya no fue posible evitarlas. Su única excusa era que con una mujer como Isa se hubiera distraído cualquier hombre. Y también Isa debía estar distraída, porque ni ella advirtió lo que iba a suceder.

Los dos hombres se habían acercado al coche por la parte posterior.

Caminaban con la agilidad y el silencio de dos gatos. Cada uno de ellos arrojó una bola blanca del tamaño de un huevo. Como los cristales de las ventanillas estaban bajos, no tuvieron para eso la menor dificultad. Las bolas, al tocar el suelo del vehículo, estallaron con un ruido suave.

Gary se dio cuenta demasiado tarde.

Un humo espeso lo llenaba todo.

Y aunque las ventanillas abiertas permitían que el interior del coche se ventilase, el gas era tan denso y de efectos tan rápidos que ninguno de ellos pudo reaccionar. Gary advirtió, cuando ya no había tiempo de nada, que estaban respirando un gas narcotizante. Era como si les estuviesen anestesiando antes de una operación.

Masculló sordamente:

—¡Isa! ¡No respire!

Pero era inútil. Precisamente por lo asustada que estaba, Isa había respirado ya con todas sus fuerzas.

Gary intentó salir del «Jaguar».

Aquello era una condenada trampa. Pero no le atraparían en ella sin haber tenido que pelear antes.

El hombre que estaba en su lado del coche le esperaba ya.

Le propinó un golpe de karate.

El impacto del filo de aquella mano abierta pareció hacer estallar la nuca de Gary. Fue uno de esos golpes que parten un ladrillo por la mitad. Sus ojos se nublaron y le pareció que todo su cerebro daba dentro del cráneo una vuelta de campana.

Cayó de bruces a tierra.

El efecto del narcotizante había sido fatal. Las fuerzas le faltaban. Estaba como agarrotado.

Notó confusamente que la muchacha había tratado también de salir, pero a ella acababan de aplicarle igualmente un golpe de karate. Si no la mataron fue por milagro. Isa quedó de bruces en el suelo, exánime, con la cara empotrada en la hierba.

Lo malo era que nadie podía ayudarles.

Aqué! era un lugar que no resultaba visible desde ningún sitio. Uno de los más apartados y solitarios de la zona.

Gary oyó confusamente las voces de los dos desconocidos.

—Mira si lleva armas.

Le cachearon con rapidez.

—No, no lleva. Pero es un agente de Scotland Yard. Mira la documentación.

—Infiernos... Eso complica las cosas.

—Nada de complicarlas. Parecerá un accidente. Hay que meterlos en el coche otra vez.

—Y poner el motor en marcha.

—¿Crees que la gente se tragará lo de que un «Jaguar» se ha incendiado así como así?

—Todos los coches pueden incendiarse, incluso un «Jaguar». Vamos, aprisa... ¡Ahora no hay un minuto que perder...!

Gary notó que le sujetaban por los pies.

Lo arrastraron sobre la hierba, a fin de acercarle de nuevo al lujoso coche.

Gary intentó defenderse.

Intentó mover las piernas.

Pero seguía sintiéndose más acartonado cada vez, y además le dominaba una brutal indiferencia. Era como si aquello le sucediese a otro, no a él. No le importaba su propia muerte.

Sólo el pensamiento de que Isa también iba a ser abrasada viva, le hizo reaccionar y pareció dotarle por unos momentos de una fuerza sobrehumana. Todo su cuerpo se contorsionó. Estuvo a punto

de enviar por los aires al tipo que le sujetaba.

Recibió un nuevo golpe.

Y esta vez, aparte del dolor que llegaba en oleadas a su cerebro, las sensaciones se hicieron más inconcretas, más lejanas...

Notó que le introducían como un fardo dentro de, coche.

Luego procuraron sentarle de un modo más o menos normal, para que su cadáver apareciese en posición correcta.

Se daba cuenta confusamente de lo que ocurría.

Estaban haciendo lo mismo con la muchacha.

Se oyó el runruneo del motor. Las puertas se cerraron.

—¡Aprisa!

—¡Envía el chorro de fuego al motor!

A lo que parecía, los dos invitados disponían, de pequeño lanzallamas no mayor que una metralleta, un chorro de fuego fue enviado contra el motor. Pudieron haberlo enviado directamente al depósito de la gasolina, con lo cual el automóvil se hubiera convertido instantáneamente en una bola roja. Pero no hubiesen tenido tiempo de volver a tapar el depósito y el tapón de éste habría aparecido fuera del coche. Una prueba demasiado concreta del crimen.

De todos modos el «Jaguar» había empezado ya a arder. El fuego se extendía por todas partes. El que se produjese el estallido mortal era cuestión de segundos.

Gary seguía notando todo aquello como una sensación muy lejana.

El fuego que le estaba rodeando.

El humo que había empezado a ahogarle...

Nada parecía tener importancia para él. Sólo cuando oyó gemir a la muchacha, a su lado sonó como una descarga en su interior.

No podía consentir que muriera.

¡Ella no!

Los dientes de Gary rechinaron mientras intentaba reunir todas sus fuerzas. Su cerebro nublado se negaba a admitir que aquello fuera ya irremediable. Ni siquiera cuando las llamas empezaron a lamerle los pies se dio cuenta de que iba a morir.

Pero Isa, a su lado, se convulsionaba.

Las llamas, brotando junto a los pedales, ya le estaban quemando los zapatos.

Gary intentó tensar todo el cuerpo. Una voz en su interior le gritó: ¡Ahora!

Los dos hombres estaban aún a cierta distancia, para no ser alcanzados por las llamas cuando el «Jaguar» estallase y se convirtiera en una bola de fuego. Se les oyó lanzar una maldición. Uno de ellos corrió hacia Gary.

—¡Este tipo se ha rehecho demasiado pronto!

—¡No pierdas tiempo! ¡Machácale la cabeza!

Gary ya se había puesto en pie.

Sus piernas temblaban.

Pero tuvo la suficiente dinamita en los puños para recibir al tipo que se lanzaba sobre él. Como el otro no esperaba ningún golpe y no venía cubierto, el zurdazo llegó directamente a su cara. El individuo quedó detenido en seco mientras sus ojos se volvían blancos.

Gary era un pegador nato.

En los entrenamientos de la Marina, cuando se preparaba para los comandos, siempre dejaba K.O., a todos sus adversarios.

Pero ahora no rudo entretenerse en ver caer a éste.

Tragó aire dos veces, con todas sus fuerzas, y le pareció que su cabeza se despejaba. Entonces, vacilando, introdujo el brazo en el coche, dominando el dolor que le producían las llamas. Éstas llegaban ya a la altura del *tablier*. Sujetó a Isa y tiró de ella con una fuerza que sólo podía darle la desesperación.

La muchacha cayó blandamente sobre la hierba.

Pero con eso no bastaba.

Tenía que sacarla de allí antes de que el automóvil estallase. Y eso iba a ocurrir de un instante a otro.

El individuo al cual acababa de atizar había caído de rodillas. Pero empezaba ya a levantarse y preparaba los puños.

El otro llegaba corriendo.

Gary sujetó a la muchacha por uno de los tobillos y la arrastró. Esta vez no pudo fijarse en lo hermosas que tenía las piernas. Sabía que tenía en los bolsillos una especie de bomba de relojería que la bomba iba a estallar, a estallar...

El fuego estaría llegando ya al depósito de gasolina del «Jaguar».

Dio un brusco tirón de la muchacha, arrojándola todo lo lejos que pudo. Pero en ese momento sus dos enemigos ya volvían a estar

sobre él.

Voló hacia su nuca un nuevo golpe de karate.

Sin embargo, esta vez Gary ya estaba más despabilado. Los efectos del gas narcotizante iban cesando. Pudo esquivar el impacto, que se estrelló inútilmente contra sus costillas.

Gary se revolvió.

Tenía que desembarazarse de ellos ahora o nunca. Los tres se encontraban en zona mortal.

Otro golpe voló hacia él.

Pero sus enemigos estaban nerviosos ahora.

No precisaban como lo habían hecho antes.

Gary pudo sujetar la mano que iba a golpearle y tirar de ella, mientras arqueaba la espalda. Su enemigo dio sobre ella una especie de vuelta de campana y salió despedido por los aires. Su alarido pareció llenar la quietud de la mañana cuando cayó directamente sobre el capot del «Jaguar», que ya estaba envuelto en llamas.

El otro no quiso perder tiempo.

Sacó un cuchillo.

El tajo fue directamente al corazón de Gary. Con una rapidez fulminante. Pero Gary no era manco. Ya se había despejado por completo y consiguió esquivar flexionando la cintura, al tiempo que preparaba las manos. Sujetó el antebrazo de su enemigo y lo empujó hacia adelante. El otro trastabilló. Intentó volverse sin haber soltado el cuchillo aún.

Gary disparó su puño izquierdo.

Fue un impacto salvaje.

Los pies de su enemigo se levantaron del suelo. Le oyó gritar mientras vacilaba, mientras giraba sobre sí mismo, mientras daba un nuevo traspiés.

La portezuela del coche estaba allí.

Era la misma por la que había salido antes Gary.

¡Y seguía abierta!

Su enemigo trató de sujetarse a ella para no caer, pero en lugar de esto lo que hizo fue apoyarse. La portezuela giró. El cuerpo que casi colgaba de ella fue impulsado hacia el interior del coche.

Se oyó un espantoso alarido.

El individuo trató de salir.

Pero había quedado tendido en el diván delantero, que estaba

convertido en un mar de llamas. Tropezó dos veces con la puerta, sin lograr salir. Al fin pareció que iba a conseguirlo.

Gary fue a ayudarlo.

No quería que aquel tipo muriese.

No era sólo por humanidad, sino también por deseo de hacerle hablar. Fue a sujetarle por un tobillo y a tirar de él.

En aquel momento las llamas llegaban ya al depósito de la gasolina.

El coche estalló.

Aquella maravilla que era el «Jaguar» se convirtió en una inmensa bola de fuego.

Gary se había detenido en un último instante, justo cuando el estallido se produjo. Una leve vacilación, un paso más y las llamas le envuelven. Sintió como un mazazo de calor en el rostro, y tuvo la sensación insoportable, horrible, de que el sol acababa de estallar en su cara.

Esto duró sólo unas fracciones de segundo.

De lo contrario no hubiera podido resistirlo.

Saltó hacia donde estaba todavía la inanimada Isa y cayó sobre ella a tiempo de apagar las llamas que empezaban a prender en sus ropas. Con eso le salvó la vida. Si llega a vacilar un momento, Isa hubiera muerto abrasada viva.

Desde allí vieron los dos el espectáculo alucinante.

Les costaba creerlo.

Los dos cuerpos debatiéndose en los últimos espasmos de la horrible agonía, saltando, gritando...

Pero sin poder alejarse del coche.

La bola de fuego los había tragado.

Con sus escasas fuerzas, Isa se cubrió los ojos. Gary rechinó los dientes, mientras a gatas tiraba de ella y trataba de alejarla aún más de allí.

Habían perdido la noción del tiempo. La visión de las llamas les hipnotizaba. La quietud de los dos cuerpos que ya habían dejado de contorsionarse parecía llenarles de un mudo horror.

Tuvieron la sensación de que habían transcurrido días enteros cuando oyeron el aullido lejano de las sirenas de la policía.

La oscuridad...

La sensación de que le habían metido en un pozo del que ya no

iba a poder salir. Una oscura sensación de trampa. Un presentimiento que era como el presentimiento de la muerte.

Todo eso se mezclaba en el espíritu y en los recuerdos de Gary, como en una horrible mezcolanza.

Le parecía oír aquella voz:

—No se mueva... No me obligue a aplicarle más calmantes. Tiene que estar quieto, quieto... No sabemos si las llamas han dañado sus ojos. Creemos que no, pero tampoco se puede correr el riesgo de un descuido. Por eso le tenemos a oscuras de momento. Manténgase quieto y no pierda la paciencia... No pierda la paciencia...

Gary intentó frotarse los ojos.

Pero no podía.

Tenía las manos atadas.

—¿Qué ha sido de Isa? ¿Le alcanzaron a ella las llamas? ¿Está bien? ¿Qué ha pasado...?

Las preguntas se amontonaban en los labios de Gary.

Pero nadie le daba una respuesta.

Al fin consiguió dormirse. Recordó vagamente lo que le habían dicho cuando la policía llegó: que iban a trasladarle al hospital más cercano. Aquella habitación a oscuras, pues, era la habitación de un hospital. Debía tener paciencia.

Los calmantes surtían su efecto.

Pero no podía arrinconar del todo sus recuerdos. Pensaba en Isa y en los hombres que habían tratado de matarlos a los dos. Pensaba en todo aquel maldito misterio. Pensaba absurdamente en Judith Tamarova, la muchacha que había huido de él aquella misma mañana.

¿Qué habría sido de ella? ¿Dónde estaría?

Gary no imaginaba que todo eso iba a tener más adelante un vital interés para él.

Ni imaginaba que llegaría a afectarle lo que un día después iba a ocurrir en cierto despacho de la City, donde vivía un investigador privado que no pagaba sus deudas.

Gary se hundió del todo en un profundo sueño.

Un sueño macizo e invencible que era como la antesala de la propia muerte.

CAPÍTULO IX

LOS TRAMPOSOS DE LA CITY

La secretaria, una mujer de unos cuarenta años, demasiado pintada, en sus esfuerzos por mantenerse juvenil, entró en el antedespacho, contempló a las tres personas que pacientemente aguardaban allí e hizo una leve inclinación de cabeza, saludándolas antes de sentarse detrás de su mesa.

Conocía a todas aquellas personas. Las había visto día tras día sentadas en los mismos sitios, en las mismas posturas. No comprendía cómo tenían tanta paciencia. Pero un día u otro aquello tenía que terminar.

Quizá terminara hoy mismo.

La primera de aquellas personas se levantó y, aunque hizo la pregunta con una cortesía típicamente inglesa, no pudo evitar que sus ojos llamearan cuando dijo:

—Supongo que no pretenderá hacernos creer que míster Harris no está hoy tampoco en su despacho, ¿verdad, señorita Fedora?

—No está. Ya lo han visto. Yo misma acabo de llegar. Si quieren esperar hasta el mediodía...

—Antes del mediodía tengo que hacer cosas más importantes que perseguir tramposos, señorita Fedora, y perdone. He venido a dar el último aviso para que no me juzguen una persona mal educada. Pero le prometo que a partir de este momento míster Harris tendrá motivos para acordarse de mí.

Otro de los que estaban sentados en el banco, junto a la entrevistada, se levantó para acercarse a ella.

—Vamos, Fedora, usted y yo casi somos viejos amigos. ¡Llevo tantos días viniendo aquí! En confianza, ¿le ha pagado míster Harris el sueldo de este mes?

—Ésta es una pregunta demasiado personal.

—No sé por qué le apoya. Es usted búlgara, señorita Fedora y su permiso de residencia en Inglaterra dista de ser seguro y estable. Ando metido hasta el cuello en este sucio negocio de la agencia de investigación privada que no paga sus deudas. Le advierto que las leyes inglesas son severas, señorita Fedora y que si míster Harris lo pasa mal, como sin duda lo pasará, usted puede verse obligada a marchar del país.

La mujer se mordisqueó nerviosamente el labio inferior. Sabía que aquellos hombres no hablaban en broma, sobre todo después de haberse mostrado corteses y pacientes durante tanto tiempo.

El que aún continuaba sentado en el banco se levantó también.

—Cierto, Fedora, cierto... Puede ser obligada a marchar del país que tan generosamente le dio trabajo y apoyo. ¿Y adónde va ir entonces? ¿Regresará a Bulgaria?

—Todos ustedes saben que mi familia era muy adicta al rey Boris —dijo orgullosamente—. El actual gobierno de mi país jamás me concedería la entrada.

—Pues entonces quédese en mitad del canal de la mancha —rió el que había iniciado la conversación, perdiendo la cortesía por primera vez.

—Señores, háganse cargo... Transforman esto en un asunto personal contra mí. Yo sólo soy la secretaria de míster Harris.

—Le estamos dando sencillamente un buen consejo, Míster Harris es un tramposo, y perdone la expresión. Nos ha engañado a nosotros y a otras muchas personas. Llevamos aquí varios días pretendiendo cobrar o sencillamente hablar con él. Pero no da la cara. Es un cobarde, señorita Fedora. Un cobarde. Y le advierto que se aparte de él porque ahora las palabras van a ser sustituidas por hechos. Buenos días.

Hizo una inclinación de cabeza y salió colocándose el bombín, ceremoniosamente. Los otros dos le siguieron haciendo los mismos gestos y con la misma fría cortesía, como si fueran embajadores de la corona que se hubiesen visto obligados a notificar una declaración de guerra.

La mujer suspiró cuando cerraron la puerta tras ellos. También había suspirado los días anteriores, cuando se marcharon. Pero ahora su suspiro no era de alivio, como las otras veces, sino de

miedo.

Se puso en pie, abrió una puerta y pasó a otro antedespacho. Allí había aún otra puerta que abrió también, para encontrarse en el despacho propiamente dicho, una habitación bien amueblada e iluminada donde había dos hombres fumando nerviosamente.

Federa entró sin decir palabra y contempló pensativamente, a través de la ventana, el inacabable panorama de los tejados de Londres sobre los que empezaba a levantarse la niebla.

El hombre que ocupaba el asiento principal del despacho la miró con curiosidad.

—¿Qué te ocurre, Fedora?

—¿No lo ves? Estoy contemplando Londres.

—No me dirás que te gusta. Tú que estás acostumbrada a vivir en sitios menos húmedos y mucho más apetecibles.

—Pero en estos sitios no había paz. No la hubo nunca. Bulgaria, Hungría, Polonia. Todos éstos parecen países condenados por el destino. En cambio, en Inglaterra, he encontrado verdaderamente mi nueva patria. Inglaterra no es como estos otros países que acabo; de mencionar.

—Pero no me dirás que aquí se vive bien... —suspiró cansadamente el hombre, mientras expelía elegantemente el humo por los orificios de la nariz.

—Los hombres como tú viven bien en cualquier parte.

—Diablos. ¿Qué te ocurre esta mañana, Fedora? ¿Sabes que estás muy rara?

Ella volvió la espalda a la ventana para contemplar los dos hombres fijamente.

—Han vuelto los acreedores otra vez.

—¡Bah! ¿Y qué? Sólo son tres, mientras que existen docenas de ellos a los que jamás hemos visto por aquí. Tengamos paciencia —rió—. Terminaremos conociéndolos a todos.

—Me temo que os equivocáis esta vez. Están dispuestos a llevar su reclamación a los tribunales y sé que emplearán la vía criminal si es preciso. Tú, Harris podrás salvarte de la expulsión porque saliste de Bulgaria mucho antes que nosotros y has podido adquirir la nacionalidad inglesa. Pero Gregor y yo...

Gregor era el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa. El cigarrillo casi se le cayó de la pipa.

—¿Quieres decir que...?

—Estoy segura de que todo esto terminará con una expulsión del país, Gregor. Y no tenemos adónde ir. ¡Todos sabemos bien que no tenemos adónde ir!

Había alzado la voz. Harris la atajó:

—Bueno, Fedora, no quiero escenas.

—Harris, si tú supieras...

Él era unos cinco años más joven que ella, pero parecía que la diferencia de edad fuese aún mayor. Harris era distinguido, elegante. Sabía convencer a la gente porque había aprendido en cinco países el arte de engañar a las personas. Fedora era igual que una niña en sus manos, y lo peor es que él lo sabía, como lo sabía ella.

—Nos estás prestando un inestimable servicio, Fedora —susurró—. No sé qué haríamos sin ti. Pero debes tener calma porque a su debido tiempo recibirás la recompensa.

—¿Una recompensa?

—Y nada desdeñable. Puede que de quince o veinte mil libras esterlinas.

Ella hizo un gesto desdeñoso con la boca, como si fuese a escupir.

—¡Me hablas de dinero como si sólo eso me importara! —gimió—. ¿Cuándo te he pedido un solo chelín? ¿Es qué crees que lo que yo hago se puede pagar con la esperanza de unos simples billetes? Conoces perfectamente los motivos por los que sigo aquí...

—Ya lo sé, Fedora. Porque somos buenos amigos Porque yo te soy bastante simpático...

—¡Porque estoy enamorada de ti como una loca!

La exclamación de la mujer había sido casi un grito, una exclamación salida del fondo de su propia alma. Harris no necesitó mirarla para darse cuenta de que ella estaba asustada, y de que su piel era ahora como la de una niña, que se hiere a la menor rozadura. Fedora dejaba que sus sentimientos saliesen ahora a la luz y los proclamaba a los cuatro vientos porque ahora ya no era capaz de dominarse. Harris tembló en su interior. Siempre le habían dado miedo las mujeres que no se dominan.

Fue hasta ella y le apretó cariñosamente ambos brazos, sin hacer caso de la presencia de Gregor.

—Fedora... ¿es posible que hayas llegado a desconfiar de mí?
¿De veras has podido pensar que me eres indiferente?

Los ojos de la mujer brillaron con una luz nueva.

—Harris, si yo supiese...

—Tú sabes, muñeca. Ya me estoy cansando de fingirlo también.
Quizá los dos necesitamos decir la verdad de nuestros sentimientos.

Gregor, un hombre de unos cuarenta años, no tan elegante como Harris, se puso en pie.

—Si molesto...

Sin hacerle caso, Harris besó en la boca a Fedora. Era sólo la segunda vez que la besaba desde que ella, por decirlo así, entró a su servicio. Pero ahora puso en este beso toda su sabiduría, toda su falsa pasión del hombre experimentado que era.

El alma de Fedora, su corazón, sus nervios, se derritieron entre los brazos del hombre.

Harris supo que haría siempre lo que quisiese con ella. La soltó lentamente y acarició sus cabellos.

Fue entonces cuando Fedora se encontró con la mirada sorprendida de Gregor, que los miraba a los dos un tanto atónito, sin saber qué actitud adoptar.

Fedora había sido en Bulgaria una señorita de la más alta distinción y había recibido la educación de una auténtica princesa. Bruscamente sintió una horrible vergüenza, ante el hecho concreto de que un hombre de nacimiento inferior, como Gregor, la hubiese visto entregarse sin reservas al beso y al abrazo de otro hombre que era además más joven que ella. Todo el placer que había experimentado se convirtió en confusión y en dolor. Balbució una excusa y salió del despacho precipitadamente.

Cuando ella hubo cerrado la puerta, Harris encendió otro cigarrillo calmosamente.

—La tienes en tus manos —dijo Gregor.

—Sí.

—Cualquiera diría que te disgusta.

—Todas las mujeres me disgustan cuando empiezan a exigir, aunque sea sin palabras. Me ha favorecido mucho, me ha prestado dinero incluso, pero me temo que ahora se van a complicar las cosas.

—¿Por esos acreedores?

—Sí.

—Tú conoces a los ingleses, Harris. Sabrás cómo pararlos.

—Pagando. Los ingleses suelen ser gente correcta, pero inflexible en cuanto se proponen una cosa.

—¿Y no puede Fedora prestarte algún dinero más?

—Ha ido vendiendo todas las joyas. Es imposible. Apenas podré sacarle algo para mis gastos personales.

—Tú has aprendido en muchos países el arte de engañar a las mujeres, Harris. En cierto sentido me das envidia.

Harris rió.

—Yo no soy más que un discípulo, y además un discípulo malo. Todo lo que sé lo he aprendido de un hombre.

—¿Leopold?

—Sí, Leopold.

Los dos guardaron un instante de silencio, como si sólo aquel nombre ya les infundiera respeto.

—Yo enamoro a tontas mujeres de la antigua nobleza búlgara —reconoció—. El, si se lo propusiera, podría tener a sus pies a la esposa de un rey.

—Espero que no lo intente.

—Puede que si algún día ve una reina apetecible —rió—, le dé por hacer la prueba.

Enseguida hizo un gesto extraño con los labios, como si se arrepintiera de haber pronunciado aquellas palabras.

Gregor lo notó.

—Aunque en el fondo odias a Leopold, te sabe mal hablar de él con esta falta de respeto —dijo.

—No es falta de respeto, sino reconocimiento de sus extraordinarias facultades como embustero y como seductor. De todos modos reconozco que a él le sabría mal oírme hablar así. Lo siento.

—Eso son palabras y más palabras —reconoció Gregor amargamente—. Las decimos para así distraernos y no hablar de la gravedad de la situación. Pero lo cierto es que la pregunta sigue en pie y empieza a exigir una respuesta inmediata: ¿Qué hacemos ahora? Éste es el problema.

—Reconozco que la vida en este país se nos está poniendo difícil —dijo Harris—. Hemos engañado a demasiada gente.

—También engañaste a muchas personas en Bulgaria.

—Pero era otra época y otra situación, Gregor. Allí bastaba con conocer a un político, a un general quizá a un simple jefecillo de policía para que las personas a las que has engañado todavía se viesan obligadas a saludarte tímidamente. La guerra estaba en pleno apogeo y nadie se atrevía a luchar contra un hombre importante como mi padre. Pero ahora todo es distinto —volvió a reconocer—. Su muy ilustre Majestad la reina de los orgullosos ingleses envía a uno en la cárcel por cho que haya pertenecido a la alta nobleza búlgara. En fin Gregor, no sé qué es lo que vamos a hacer.

Reflexionaron unos instantes, mientras fumaban nerviosamente. Ya ninguno de los dos se acordaba de Fedora, que con el alma llena de esperanzas estaba dos habitaciones más allá.

—Tendré que poner todo esto en conocimiento de Leopold —dijo Harris, al fin.

—Si no nos saca él de esta situación, dudo que pueda sacarnos nadie. ¿Dónde está ahora?

—En un lugar llamado Grenn Field's Castle, una especie de fortaleza medieval a doscientas millas de Londres.

—¿Y qué hace allí?

—Guarda el castillo en ausencia de su dueño. No sé cómo logró convencerle, aunque lo imagino. Leopold sabe hablar. El dueño del castillo aún se sentirá orgulloso de que el extranjero duerma en sus camas, beba sus licores y seduzca a sus altivas vecinas. Si yo tuviese el arte de Leopold me sentiría el dueño del mundo.

—Pues eres su discípulo más aventajado.

—Nunca llegaré a ser como él. No tiene nervios ni alma. A veces me da la sensación de ser un bloque de acero o un bloque de mármol negro. No me quedará más remedio que exponerle la situación y dejar que él decida.

—¿Cuándo iremos a verle?

—Mañana mismo.

Gregor se puso en pie y aplastó nerviosamente su cigarrillo sobre la mesa.

—Hay otra cosa más, Harris.

—¿Otra? Londres tiene más de ocho millones de habitantes y la mitad de ellos me persiguen. ¿Es que todavía hay algo peor?

—Sí, el asunto en el que teníamos que trabajar juntos con

Leopold.

—¿Te refieres a lo del millonario Bela Kunsen?

Gregor se encogió de hombros sonriendo sarcásticamente.

—¿A qué otra cosa iba a referirme, amigo del alma?

—¡Cielos! Nos ha adelantado más de cinco mil libras para que encontrásemos a su hija. Y no hemos hecho más que engañarle con reticencias, con falsedades, con mentiras... Bela Kunsen tiene elevadas relaciones en el Foreign Office y hace lo que quiere con la nobleza búlgara exiliada. Si él se pone también en contra nuestra, es seguro que seremos expulsados del país y yo perderé la nacionalidad inglesa.

—Por eso mismo es indispensable que veamos a Leopold cuanto antes.

Harris tomó su sombrero de la percha que había en el ángulo de la habitación.

—¿Cómo? Pero ¿vas a verle ahora mismo? —preguntó Gregor.

—Iremos mañana los dos. Ahora voy a ver a Irma, mi novia, en el hospital del Regente.

Gregor miró instintivamente hacia la puerta, como si temiera que Fedora estuviese allí.

—¿Sigue en el hospital?

—Sí, pero no creas que eso ha afectado a su belleza. Además saldrá la semana que viene.

Abrió la puerta y se puso el sombrero.

—Adiós, Gregor. Mañana partiremos hacia esa pequeña fortaleza medieval donde vive Leopold. Procura tener al menos diez libras para los gastos del viaje.

Cuando salió al antedespacho, sin esperar la respuesta de Gregor, encontró a Fedora sentada pacientemente tras la mesa.

—¿Adónde vas, Harris? —se atrevió a preguntarle ella.

—A tratar de conseguir un préstamo. Conozco a un banquero que quizá se fíe de mí.

—En tal caso, buena suerte, Harris.

—Gracias.

Harris se puso el sombrero y cerró la puerta.

Fedora, a sus cuarenta años, se quedó mirando la hoja de madera con una luz de infantil esperanza en sus ojos.

El hospital del Regente era antiguo y, como todos los antiguos

edificios ingleses estaba rodeado de un jardín. Sus ventanas eran pequeñas, sus paredes ladrillo crudo, y la hiedra trepaba por ellas hasta los pisos superiores. Vista desde el exterior, causaba la sensación de una casa de campo demasiado grande.

Las habitaciones de pago también causaban desde interior el efecto de estancias de villas de recreo, pues eran luminosas y amplias. Las salas generales, en cambio, no habían sido pintadas desde diez años antes por lo menos. Los cristales, como en todas las casas inglesas, estaban sucios. Y aunque el servicio era cuidadoso y honesto, aquellas salas producían una invencible sensación de tristeza.

En una de ellas, donde afortunadamente solo había seis enfermas, se encontraba una muchacha llamada Irma.

No era una niña, pues tendría ya unos veintidós años. Pero sabía arreglarse con tanto gusto que hasta en la sala del hospital, con su largo camisón blanco de reglamento, y sin una mota de pintura en los labios, hubiera podido pasar por una mujer extraordinariamente bonita.

En el momento en que Harris salía de su despacho cercano a Whitehall para visitarla. Irma sentada en el lecho, contemplaba distraídamente en un espejito de mano su cutis de porcelana, cutis que suele ser privilegio de muchas muchachas inglesas.

Su compañera más inmediata de lecho se acercó a ella.

—¿Tendrás visita hoy, Irma?

—Supongo que sí. Harris no viene hace una semana. Si no viene hoy soy capaz de romper con él definitivamente.

—No digas tonterías. Harris es un hombre muy atractivo.

—Pero yo tampoco soy un espantapájaros, querida. Aún valgo lo suficiente para que los hombres no se burlen de mí.

—Sobre todo ahora que vas a salir pronto.

—La semana que viene.

La otra muchacha, que en el fondo sentía envidia de la curación de su compañera, decidió cambiar de conversación.

—Qué largo se hace esperar la hora de la visita, ¿eh?

—No lo sabes tú bien.

—Menos mal que hoy tendremos distracción. Va a venir una nueva.

—¿Una nueva?

—Sí, a la cama del fondo. Esta mañana me lo ha dicho la enfermera de una forma muy privada.

Irma se encogió de hombros.

—Cualquier cosa nos distrae, hasta el vuelo de una mosca. ¡Hay aquí tanta monotonía!

Las otras cuatro enfermas ni siquiera les prestaban atención. Irma miró la puerta de la sala, que se abría en ese momento.

La enfermera de servicio entró, fue hasta la cama del fondo, palmeó un poco la almohada, descubrió el embozo y volvió hacia la puerta tras comprobar que estaba vacía la mesilla correspondiente.

Irma la detuvo con un gesto.

—Oiga, mamá Gunther, ¿es cierto que van a traer una enferma nueva a la sala?

—Tengo prohibido cotillear con las pacientes. ¿O no lo sabían?

—Vamos, mamá Gunther, si no es cotillear. En el caso de que esa enferma nueva tenga que venir igualmente habremos de saberlo antes o después, ¿no?

El razonamiento pareció convencer a mamá Gunther.

—Va a venir una nueva, efectivamente, pero le aconsejo que hablen con ella lo menos posible.

—¿Por qué?

—No tiene la cabeza demasiado clara y es preciso que la dejen tranquila. Además es una «experimental».

La palabra «experimental» según sabían todas, servía para designar a las enfermas, que, mediante consentimiento escrito, permitían que se ensayasen en ellas nuevos medicamentos o nuevas técnicas operatorias, a cambio de una cantidad en metálico de determinadas ventajas en el hospital, aunque la mayor parte de ellas eran desesperadas que sólo buscaban fuese como fuese una curación para sus males.

—Pobre muchacha —suspiró Irma—. Con lo bestia que es Stanhope, el médico jefe, no hay que preguntar cómo saldrán los experimentos. Habrá que aconsejarle que haga testamento, ¿no, mamá Gunther?

—Como le digan una sola palabra que la desanime lo pondré en conocimiento del director y no se les permitirá recibir ninguna visita. Les juro que estoy dispuesta a hacerlo.

Su tono había sido enérgico. Irma prometió:

—Está bien, mamá, no se enfade. Sabe de sobras que somos buenas chicas.

Pero cuando la enfermera desapareció, aguardaron con todos los sentidos en tensión, a que llegase «la nueva».

Esta vino unos diez minutos después.

Llegó acompañada por mamá Gunther y la enfermera jefe. Una cosa inusitada y extraordinaria.

Irma y su amiga María, fingieron que no la miraban, pero en realidad sus ojos no hicieron más que seguirla hasta que llegó de la habitación, a la cama que le correspondía.

Era verdaderamente, una mujer muy distinta de las que solían frecuentar el hospital Regente.

Ésta tenía... ¿qué era lo que tenía?

Irma chascó los dedos y encontró la palabra exacta al cabo de unos segundos de pensar.

Tenía majestad. Tenía clase.

Pese a ir calzada con unas sencillas zapatillas blancas, vestir el camisón reglamentario y una bata azul sobre los hombros, pese a todos estos elementos desfavorables, aquella mujer no hubiera pasado inadvertida en ninguna parte.

Rubia, de labios intensamente rojos, pese a no ir pintada, ojos grises y dulces, barbilla bien dibujada, figura qué se adivinaba escultural, era una mujer que dejó a Irma boquiabierta de envidia.

Pero enseguida le encontró un elemento desfavorable: estaba demasiado delgada.

Se volvió hacia María y cuchicheó:

—¿Qué te parece?

—Chica, ni una reina...

—Pues yo diría que está asustada.

—Quizá. Pero para mí que la han sacado de una vitrina del Palacio de Saint James.

—Va vestida muy sencillamente... ¿por qué dices eso?

—Viste como todas nosotras. Pero tiene algo... algo...

—¿Un porte majestuoso?

—Sí, quizá sea eso. Un porte majestuoso. ¿Quieres que te diga la verdad? Me da pena que una mujer así pueda caer en manos de Stanhope y su cuadrilla de aprendices.

—¡Bah! Cuando empieza a ensayarse en seres humanos un

nuevo medicamento, es porque ya están seguros de que todo tiene que salir bien.

—Pero con ésta tienen un cuidado especial. Fíjate ha venido la enfermera jefe...

Volvieron la cabeza, disimulando, cuando se dieron cuenta de que mamá Gunther no les quitaba ojo de encima.

—Bueno, chica tú lo has dicho —musitó Irma—. Ni que fuera una reina.

—¿Por qué tantas precauciones? ¡Qué estupidez!

Se separaron cuando la enfermera pasó junto a ellas una vez instalada en el lecho la nueva paciente.

Mamá Gunther dijo al pasar:

—Cuidadito con darle demasiada conversación, ¿eh? Acordaos bien de lo que os he dicho.

Las dos mujeres resolvieron obedecer, puesto que miradas bien las cosas, poco era lo que les importaba la nueva enferma.

Pero apenas transcurridos cinco minutos, fue ésta la que se puso en contacto con ellas.

Destapándose, saltó del lecho y descalza, se acercó a Irma y María, que volvían a estar juntas. Éstas supieron identificar entonces la expresión que ya desde el principio habían visto en los ojos de la mujer y a la que hasta entonces no supieron darle nombre: era miedo. Aquella mujer tenía miedo de algo o de alguien, un miedo superior a sí misma.

En un inglés perfecto, aunque su acento era ligeramente extranjero, les preguntó:

—¿Conocéis a una enferma llamada Patricia Shelby?

—¿Patricia Shelby? No...

La mujer pareció desalentada. Volvió la cabeza y por instantes pareció como si fuese a contener las lágrimas.

Pero cuando nuevamente, giró el rostro hacia ellas sus ojos estaban límpidos otra vez.

—¿Quién eres? —le preguntó Irma.

—Me llamo Judith Tamarova.

Bonito nombre. Oye tú no serás inglesa, ¿verdad?

—No. Yo soy... de muy lejos de aquí.

—¿Por qué te han traído a esta sala? Si tanto interés tenían en que no hablastes con nadie, podían haberte dado una habitación

individual.

—¿Tenían interés en que no hablase con nadie?

—A nosotras, al menos, nos han dicho que ni palabra contigo, cariño.

Judith volvió la cabeza otra vez. Pero iba a reflexionar a toda prisa, desesperadamente.

—¿De veras no conocéis a una enferma llamada Patricia Shelby?

—Ya te hemos dicho que no.

—Está bien. Perdonad...

Iba a volver la espalda y regresar a su lecho cuando Irma la detuvo.

—Oye, todavía no nos has dicho por qué te han traído a esta sala.

—Supongo que no habría habitaciones individuales. Oí que la enfermera jefe lo preguntaba por el teléfono interior.

—¿Qué enfermedad padeces? Supongo que eso sí podrás decirlo...

—No lo sé. Estaba deshecha cuando llegué a aquel consultorio... Bueno, es triste hablar de eso. Los médicos dijeron que era agotamiento y sobre todo agotamiento nervioso.

—Eso es malo —dijo María con poco tacto—. He oído decir que si hay lesiones en la médula no se cura ya nunca.

—¿Querrás callarte? —preguntó Irma secamente.

—Bueno chica, lo que hemos dicho antes, ni que ésta fuera una reina... ¿Tienes miedo a que la asuste?

—Tú sabes de sobra cómo son las salas de las enfermas nerviosas. ¡Por algo no habrán querido llevarla allí!

Judith tenía la cabeza vuelta hacia la ventana y evitaba mirarlas. Irma, qué ya no sentía envidia de ella sino más bien una remota compasión, le preguntó con voz dulce:

—¿Por qué has preguntado por esta Patricia Shelby?

—Porque ella también era una de las experimentales.

—¿Tú lo eres?

—Sí.

—¿Y qué sucedió con ella?

—No lo sé... Dios mío, si apenas puedo recordar nada. Estábamos las dos solas en una misma habitación. Stanhope dijo que ensayarían con nosotras un tratamiento nuevo. Bueno, quizá no

lo dijo claramente, pero lo dio a entender. Patricia empezó primero...

—Y no has vuelto a verla, ¿verdad?

—No he vuelto a verla.

Irma y María se miraron desconfiadamente al fondo de sus ojos.

—¿Por qué te han sacado de aquella habitación?

—No lo sé. Era de pago. Supongo que la necesitarían para otra enferma.

—¿Tú no puedes ir a una habitación de pago?

Por primera vez asomó a los ojos de la muchacha una triste sonrisa.

—No tengo un solo chelín.

—Pero no sabes por qué te han sacado de allí, ¿verdad?

—No, no lo sé.

—Es extraño...

Las dos volvieron a mirarse con desconfianza, e inmediatamente brotó en sus cerebros un mismo pensamiento.

—¿Dónde está esa habitación? —preguntó Irma.

—Creo que en la planta superior. Era la 112.

—Al lado de la farmacia... —susurró María—. Yo estuve allá ayudando una semana.

—Y subías por el ascensor, ¿no?

—Justo. Va de la puerta de esta sala a la puerta de la farmacia. Sólo un minuto de trayecto. A veces nadie te ve.

Tembló nerviosamente, mirando a su amiga. Un mismo deseo palpitaba en las dos, aunque las dos tenían miedo de confesarlo.

—¿Te atreverías...? —susurró Irma.

—Está bien. La verdad es que siento curiosidad. Supongo que ni la Gunther ni la enfermera jefe aparecerán por aquí antes de una hora.

Se volvió hacia Judith, que como siempre no las miraba, igual que si tuviera miedo.

—¿Vienes?

—¿Adónde? —preguntó Judith.

—A tu antigua habitación. Sólo vamos a echar un vistazo. Es un momento. Bajaremos enseguida.

Por toda respuesta, la muchacha fue hasta su cama se puso la bata azul sobre los hombros y caminó hasta la puerta de la sala.

María también se había puesto su bata.

Salieron mirando el largo pasillo desierto. La luz del sol, muy intensa aquella mañana, penetraba por las pequeñas ventanas. Mientras llamaban al ascensor, el corazón de las dos mujeres latía aceleradamente.

No había nadie en el ascensor tampoco. Entraron y pulsaron el botón del piso superior.

El aparato les dejó junto al almacén farmacéutico y de la habitación 112.

—¿Era ésta? —preguntó María.

—Sí, ésta.

—Bueno, pues entonces abre...

Las dos mujeres parecían temblar por dentro.

Judith abrió.

Y dentro vio la cama que había ocupado.

Y la que había ocupado Patricia Shelby.

Sobre esa cama, con una sábana cubriéndola hasta la mitad del cuerpo, Patricia Shelby estaba muerta.

Harris el elegante caballero que había aprendido en cinco países distintos el arte de engañar a las mujeres, se sentía desorientado esta vez.

Estaba acostumbrado a que Irma —una belleza desde luego, pero al fin y al cabo una belleza enferma—, se deshiciese en mimos cuando iba él a visitarla al hospital. Y sin embargo, esta mañana la muchacha no le hacía el maldito caso.

Sentada en su lecho, parecía sumida en profundos pensamientos, sin mirar a ninguna parte.

—Pero ¿qué te pasa hoy? —preguntó Harris—. No sé si lo sabrás, pero tengo que abandonar importantes negocios cada vez que vengo a verte al hospital del Regente.

—Te lo agradezco.

—No lo digas así. Parece como si esto fuera un funeral en lugar de la hora de visita.

—Es un funeral.

—Pero ¿qué dices? La verdad es que me decepcionas, Irma. No esperaba una recepción semejante.

Irma no se inmutó.

—¿Y qué le pasa a tu amiga María? Hace un cuarto de hora que

está mirando a la pared sin pestañear siquiera.

—Por Dios, Harris... Ya te lo explicaré otro día. Comprendo que ahora te parezca una mujer desagradable, pero... déjame pensar.

—No estoy acostumbrado a que las mujeres piensen en mi presencia. Me siento humillado, la verdad.

En vista de que ella tampoco reaccionaba, Harris pensó que quizá fuese una tontería dedicar tanto tiempo a Irma, aunque Irma fuese una belleza. Pensó en marcharse, pero antes, para no dar la sensación de un hombre precipitado, paseó su mirada por la sala.

Ésta tenía el aspecto aburrido y monótono de siempre.

Tan sólo una mujer que había al fondo, vuelta de espaldas a ellos, le llamó la atención.

Se fijó ante todo en sus cabellos deliciosamente rubios, unos cabellos que ni tan siquiera era posible hallar en Inglaterra, donde abundan las mujeres con pelo bonito.

—¿Quién es ésta? —preguntó—. Vine aquí la semana pasada y me parece recordar que esta cama estaba vacía.

Irma contempló con lástima la espalda de Judith vuelta tenazmente hacia la pared. Pensó que estaría llorando. Pensó en que estaría devorada por su propia desesperación.

—Esa mujer es una condenada a muerte.

Aquellas palabras hubieran podido ser tomadas a risa, porque además, Irma era algo bromista. Pero el tono profético con que las pronunció, impresionó vivamente a Harris.

—¿Qué dices?

—Van a ensayar con ella un nuevo tratamiento científico. Ella es la segunda. Lo ensayaron antes con otra mujer.

—¿Y qué ocurrió?

—La otra mujer murió.

Harris cerró un instante los ojos. Años antes no le hubiera importado lo más mínimo oír hablar de una mujer muerta. Pero ahora la vida inglesa, la paz, la civilización, le habían humanizado de nuevo. Sintió de repente lástima por aquella muchacha a la que no conocía.

—No han sido muy prudentes al decírselo —opinó.

—No se lo han dicho, sino todo lo contrario. Su mayor interés estaba en ocultarlo, pero ella ha podido ver el cadáver hace unos minutos en el piso superior.

—No te preocupes. Probablemente no ensayarán otra vez hasta estar muy seguros del resultado. ¿Cómo se llama esa muchacha?

—Judith Tamarova.

—Judith...

El nombre pareció despertar dormidos ecos en el cerebro de Harris.

—Es extraño. El nombre de Judith me ha estado ocupando durante mucho tiempo. Durante todo este último tiempo...

Miraba fijamente la espalda de la muchacha, situado a unos quince pasos de distancia.

Y de repente ella se volvió.

No lloraba, como había supuesto Irma. Por el contrario, sus ojos estaban espantosamente secos.

Su mirada azul recorrió la sala, sin fijarse en nadie concretamente.

Pero las facciones de Harris, al verla, sufrieron como una crispación.

CAPÍTULO X

MUERE, DELICIOSA MUÑECA

Gary se sentía ya bastante mejor. El efecto adormecedor de los calmantes había cesado, dejando en su lugar una sensación de paz. Por descontado, no se sentía aún demasiado fuerte, pero pensaba recuperarse muy pronto.

Thurner no pensaba lo mismo.

Cuando le vio entrar de nuevo en su despacho de Scotland Yard, dijo:

—Gary, le hablaré sin rodeos. Voy a apartarle de este asunto.

—¿Pero por qué?

—Ha pasado usted por una dura prueba y necesita un par de días de descanso. Pero como mientras tanto no puedo detener las investigaciones, he ordenado a Latimer que continúe con ellas. Usted se encargará de una misión secundaria y con menos riesgos.

Thurner, tengo la sensación de que usted me carga de esa misión secundaria para no herirme, para no hacerme creer que soy un inútil. Pero en el fondo lo piensa.

—No, Gary, lo único que trato de hacer es darle un poco de calma. Creo que la necesita.

—¿Sabe al menos quiénes eran los hombres que nos atacaron a Isa y a mí?

—Claro que lo sé. Es lo primero que he averiguado. Se trataba de vulgares *gangsters* de los que se alquilan para trabajos marranos. Usaban una especie de lanzallamas de fabricación casera, pero muy eficaz. Tuvo usted suerte, de que se les hubiera agotado cuando salió del «Jaguar», amigo. De otro modo ahora tendríamos inspector a la parrilla.

El joven tragó saliva.

No le gustaba ni recordarlo.

—¿Piensa que alguien alquiló a aquellos hombres? —dijo.

—Por supuesto.

—¿Tiene idea de quién pudo ser?

—No. Ni la más remota idea.

—¿Qué pasa con Isa? ¿Está bien?

—Perfectamente. Oiga, ¿sabe que Isa es de verdad una millonaria? ¿Sabe que tiene una de las fortunas más importantes de Londres?

—En muchos detalles se le notaba.

—Pues esos detalles no eran falsos, como ocurre algunas veces. Por cierto, ahora lo que trataré de hacer es averiguar quién contrató a aquellos dos asesinos. En cuanto lo sepa, tendré resuelto el caso.

—Me temo que no, jefe. Me temo que es más importante de lo que usted cree. Y más embrollado.

—En todo caso déjeme a mí esa preocupación y usted cuide del asunto de que voy a hablarle, Gary. Es algo más rutinario, pero también es importante: Y necesitará tacto, mucho tacto. Se trata de una denuncia que han hecho por teléfono dos enfermas del hospital del Regente. Parece que las experiencias que se hacen allí con nuevos medicamentos son peligrosas. Habrá que investigar.

Gary arqueó una ceja.

—Resulta extraño... —susurró—. ¿El encargado de las investigaciones en el hospital del Regente no es un tal doctor Stanhope?

—Sí, en efecto.

—Pues es un hombre prestigioso. No creo que se equivoque fácilmente.

—En todo caso ha ocurrido algo extraño. Investigue, Gary. Ah... La denuncia la ha corroborado un tal Harris, una especie de tramposo profesional. Tenga cuidado con él porque debe más dinero que el ministro de Hacienda.

—He oído hablar de Harris. ¿Y él qué tiene que ver en esto?

—Estaba liado con una de las chicas enfermas, o algo así. Bueno, eso no importa. El caso es que hay otra muchacha que podría correr peligro, aquí tengo apuntado el nombre: Judith Tamarova.

Los labios de Gary se fruncieron un momento.

—Judith Tamarova... Recuerdo ese nombre.

—No estará ligado con el caso anterior, ¿eh?

Gary mintió.

—No, nada de eso. Era un asunto feo de corrupción de menores... No... nada de eso...

Sabía que si decía la verdad, Thurner era capaz de retirarle también de aquel asunto.

—Adiós, Thurner. Voy a encargarme de ese «asunto rutinario».

Fue directamente al hospital del Regente. Quería hablar cuanto antes con Judith Tamarova.

—Judith Tamarova se ha escapado, inspector —la voz del funcionario era cansada y espesa—. Lo siento, pero como comprenderá esto no es una cárcel. Las enfermas tienen una cierta libertad y ésta ha sabido aprovecharla. Lástima, porque iba a ser sometida a tratamiento urgente...

Gary fue a ponerse un cigarrillo entre los labios.

Pero volvía a sentirse nervioso. Hasta le costaba sujetar el cigarrillo bien.

—Esa muchacha está asustada —dijo—, y no es la primera vez que se fuga de un sitio. ¿Pero no podría hablar con el doctor Stanhope?

—El doctor Stanhope ha salido, inspector.

—Hum... Es extraño. A esta hora debería estar en el hospital, ¿no?

—Justo, pero ha recibido una llamada telefónica urgente. Ha dicho que volvería en una hora.

Gary pensó que podía esperarle.

Pero más que hablar con Stanhope, lo que le interesaba era encontrar a Judith Tamarova.

Mientras caminaba con las manos en los bolsillos por las ajetreadas calles de Londres, llenas de negros y de chicos y chicas unisex, Gary daba vueltas a un condenado pensamiento. Judith había huido porque tenía miedo, pero ¿adonde? ¿A qué sitio podía haber ido una chica como ella? ¿No se habría refugiado otra vez en un sitio que al menos le resultaba conocido? ¿No habría ido a la casa de Perry?

Gary decidió probar.

No era una corazonada, sino una deducción. De cien veces noventa, una persona que huye va a un sitio conocido. De modo que

el joven decidió probar fortuna.

Tomó el «Austin», y se dirigió a Bumberry Hill. Dejó el coche en un apartadero de la carretera, con los faros apagados, y anduvo a pie hasta la casa de Perry. Todo estaba tan oscuro, tan siniestro como siempre. Pero distinguió las formas confusas del porche.

Y fue entonces cuando oyó aquel grito. Aquel grito de mujer que atravesaba la capa negra de la noche.

Gary corrió hacia allí.

Había recuperado por completo sus fuerzas después del lío del «Jaguar». Y mientras corría pensó que era extraño que el lugar no estuviese más vigilado. Pero la explicación podía estar en que Thurner desconocía la importancia de aquel sitio.

Atravesó el porche.

Y entonces vio a la muchacha que trataba de huir. La reconoció al instante. Era Judith, la que había conocido en aquel mismo lugar. Detrás de ella corrían dos hombres.

Vio brillar un fogonazo.

La bala debió rozar a Judith, pero sin atravesarla. La muchacha vaciló y se sujetó a una de las columnas del porche. Los dos hombres siguieron corriendo hacia ella.

Gary se lanzó en plancha. Nunca se hubiera creído capaz de dar un salto así. Fue digno de un campeón olímpico. Pero no tuvo ningún mérito especial porque a Gary le empujaba la desesperación. Chocó de cabeza con uno de los hombres, que era grueso y fofo. Éste chocó a su vez con el otro, con el que empuñaba la pistola.

Los tres rodaron por el suelo.

Por unos instantes los tres formaron una pila en la que no se oían más que maldiciones y golpes.

Uno de los dos hombres, el gordo, estaba completamente aterrorizado. Intentó huir y una bala en la columna vertebral le detuvo en seco. El de la pistola había disparado una sola vez, pero ya hubo bastante.

Gary lanzó un grito de asombro.

Porque había reconocido, a pesar de las sombras, al que acababa de morir. Era el doctor Stanhope.

No perdió ni un segundo más en verle caer del todo. Disparó sus dos puños hacia el otro, que ya volvía su arma para descargarla también contra él. Logró que la pistola fuese por los aires.

Y en ese momento la cabeza de su enemigo voló.

Pareció como si se desintegrara en el aire.

Gary tardó unos instantes en comprender que habían disparado desde el interior de la casa. Pero, una vez lo hubo comprendido, obró con una rapidez prodigiosa. Se protegió tras el hombre que acababa de morir, y eso fue lo que le salvó la piel. Dos balas más, que iban destinadas a Gary, se hundieron en el cadáver.

Inmediatamente volvió a hacerse el silencio.

Un silencio brutal, casi sobrecogedor.

El joven soltó el cadáver, pero se hizo con la pistola que había sostenido éste.

Gary, como inspector de Scotland Yard, nunca empleaba armas. Pero sabía que esta vez iba a necesitarlas.

Vio la silla de ruedas.

Pareció palpar el silencio de la casa.

Pero no distinguía a nadie.

Y tampoco distinguió nada. No tuvo la menor idea de lo que iba a ocurrir hasta que aquella cosa fría y oscura se apoyó en su sien izquierda.

Hasta que una voz que conocía muy bien, bisbiseó:

—Esto es el cañón de una pistola que ya ha matado a un hombre, amigo mío. De modo que suelta tu petardo...

CAPÍTULO XI

LA OTRA CARA DE LA TIERRA

—Gary dejó caer la pistola al suelo.

Como estaba acostumbrado a trabajar sin «herramienta», prescindir de ella no le produjo demasiado efecto. En cambio se lo produjo —y mucho— el reconocer aquella voz. El darse cuenta de que la mujer que le amenazaba era nada menos que Isa.

Ella apartó su pistola un poco, sólo un poco.

Era un «matapenas» temible.

Era una «German Luger».

La voz dijo con entonación metálica:

—Ponte en pie.

Gary lo hizo.

Pero no alzó las manos.

Estaba tan asombrado que en este momento no hubiera huido ni aun caso de poder hacerlo. Pero no podía.

La «Luger» le apuntaba directamente a la cabeza.

Isa, murmuró:

—Ahí, junto a la ventana.

Así le veía bien. Gary se dio cuenta de que era imposible intentar nada y de que ella podría matarle cuando quisiera.

—¿Vas a disparar?

—¿Lo dudas, cariño?

—No, ya no dudo nada. ¿Pero por qué todo esto? ¡Infiernos! ¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla —dijo ella, con la misma entonación metálica. Por una barbaridad de docenas de millones de libras.

—No... no te entiendo.

—Soy millonaria, pero ya sabes que los millonarios somos precisamente los que queremos, siempre más.

—Sigo sin entenderte.

—Me entenderás en cuanto te explique algunas cosas. Quizá podría ahorrarme ese trabajo, pero en el fondo me duele que te vayas al otro barrio sin haber entendido una palabra de todo esto. Ya ves si soy buena chica. Todo empezó con la última misión del «Apolo». Durante unos segundos, durante unos momentos tan breves que los astronautas no pudieron ni fotografiar lo que veían, distinguieron algo fantasmal. Una especie de radiografía de la Tierra. Es decir, vieron lo que hay debajo de la corteza terrestre: los lagos subterráneos, los yacimientos de petróleo y de carbón, las corrientes volcánicas... Es decir, vieron la tierra como a través de los aparatos de rayos X se ve el cuerpo humano. Algo inapreciable, algo que tenía un valor fabuloso. Porque sólo sabiendo por ejemplo, dónde están los yacimientos de petróleo, ya se tiene en la mano una fortuna incalculable...

Gary estaba asombrado.

Se daba cuenta, efectivamente, de la tremenda importancia que pudo tener aquella visión fugaz. Pero balbució:

—No comprendo nada... ¿Cómo es que vieron eso?

—La explicación aún no la poseen en ninguna parte, pero es de suponer que desde otra galaxia lejana estaban enviando hacia la Tierra unos rayos parecidos a los Roentgen, es decir que atraviesan los cuerpos sólidos. Eso permitía a otros seres inteligentes —más inteligentes que nosotros— conocer las entrañas de nuestro planeta. De todos modos la visión fue tan fugaz que los astronautas creyeron haber tenido una alucinación, lo que se llama «una pesadilla del espacio». Esa visión consta en su informe, pero no se ha dado a la publicidad porque nadie la creyó. En Cabo Kennedy se limitaron a tomar nota. Yo conocí eso por una indiscreción de un científico. Y confieso que no me llamó demasiado la atención. Yo tampoco le di importancia.

—Pues entonces, ¿por qué te preocupaste?

—Porque hubo otra circunstancia.

—¿Qué circunstancia?

Yo conocía a un grupo de jóvenes ingenieros de telecomunicaciones. Estaban trabajando para mí en el estudio de un

nuevo sistema de televisión con el que pensaba hacer un magnífico negocio. Eran gente estudiosa y trabajadora y que me pedían muy poco dinero. Pero un día uno de ellos descubrió algo que le horrorizó.

—¿Qué fue?

—Señales eléctricas de otra galaxia.

—Bueno, eso lo descubren en Jodrell Bank con mucha frecuencia. No tiene nada de particular. Ya ni siquiera es noticia, mientras sepamos sólo eso.

Gary trataba de ganar tiempo, pero se daba cuenta de que la situación estaba más imposible cada vez. Isa no se descuidaba. No sólo le veía muy bien, sino que ni por un momento dejaba de apuntarle con su «Luger».

Ahora fue la hermosa mujer la que susurró:

—No, no se trataba de señales como las que otras veces se han recibido, y que han hecho dudar a los científicos si procedían de seres inteligentes o eran simples reflejos de los cuerpos siderales, que actúan como grandes masas magnéticas. Esta vez se trataba de mensajes enviados por seres inteligentes de una galaxia a la otra. Normalmente nunca hubieran debido llegar a la Tierra.

—Pues, ¿cómo llegaron?

—Por la situación especial de los astros en un determinado momento, alguno de ellos, formado por una gran masa metálica, desviaba las ondas hacia nosotros. Era algo así como una gran estación repetidora. Como cuando se transmite un programa de televisión vía satélite, para que lo entiendas mejor.

—Lo he entendido perfectamente.

—En Jodrell Bank no dieron demasiada importancia a eso, porque no se molestaron en analizar los signos que recibían. Pero en cambio les ingenieros que estaban trabajando para mí, y que los recibieron también, sí que captaron su sentido. Sencillamente, aquellas señales explicaban lo que se había visto en aquella radiografía de la Tierra. Y entonces uno de mis ingenieros, que trabajaba aislado de los demás, y que fue el primero en relacionar las dos cosas y captar el sentido de las señales, empezó a transmitir las por radio a los otros miembros del equipo.

Gary entrecerró los ojos.

Ahora veía claro uno de los problemas que más insolubles le

parecieron al principio.

El que Jodrell Bank captara como saliendo de la Tierra las mismas señales que antes había captado procedente del espacio.

—Naturalmente no todas las señales pudieron ser interpretadas —susurró ella, continuando con su relato—, pero algunas sí. Y por ellas dedujimos que se encontraría petróleo en las costas de Liberia y que un nuevo volcán aparecería cerca del estrecho de Behring. ¿Todos tus ingenieros supieron eso?

—Sí, y además las cosas no se detuvieron aquí. Captaron unas fórmulas de cálculos que otras personas no hubieran interpretado, pero que ellos supieron entender. Además, por lo visto, resultaban asombrosamente sencillas. Se trataba de valores fijos obtenidos por computadora y que resolvían perfectamente las ecuaciones de elementos variables. Para entendernos de alguna manera me explicaron que eran algo así como el número «pi», el famoso 3,1416, que conocemos desde la época de los matemáticos griegos. Pero mucho más amplio y con más riqueza de utilización. Ellos le llamaron «factor compuesto». Y ese factor indicaba que muchos de nuestros cálculos actuales no nos llevarían a ninguna parte. Además, como el «factor compuesto» era extremadamente simple, hasta un niño hubiera entendido su utilidad, aunque no captara su sentido.

Gary entrecerró los ojos.

Pensaba en el pequeño Kim.

En el pequeño Kim que no sólo había captado la utilidad, sino que había estado a punto de captar también el sentido.

Isa continuó:

—Eso daba extraordinarias posibilidades a los hombres que yo había contratado. Tanto que se sintieron tentados por la codicia. Pensaron que podían abandonarme y hacer sin mí un fabuloso negocio. No sólo podían convertirse en los científicos más importantes de su tiempo, sino también dar con una bolsa de petróleo que equivalía a una fortuna incalculable. Entonces fue cuando decidí eliminarles.

—¿Te habían comunicado lo que sabían?

—Sí. Uno de ellos, que fue el más leal o el más ingenuo, lo había hecho. Los demás no. Pero cometieron el error de quedarse en Gran Bretaña, creyendo que una mujer nada podría contra ellos. Incluso

hubo uno que trabajaba en las factorías Lockheed, que quiso lucirse rectificando unos cálculos del famoso profesor Everett. Y me di cuenta entonces de que la situación podía llegar a ser muy peligrosa y decidí eliminarlos. Empecé justamente por el hombre se la Lockheed.

—Sí, y luego continuaste con el que trataba de huir por la estación Victoria. ¿Pero cómo pudiste hacerlo? ¿Qué sistema del diablo empleabas para matarlos?

—Un sistema que ellos mismos habían descubierto, pero que jamás pensaron que pudiese ser aplicado para matar. Se trataba de una especie de gran batería que podía ser descargada instantáneamente, produciendo un rayo. Para ello hacía falta, claro, que la corriente de baja tensión se transformara en corriente de alta, pero ese problema es de fácil solución y se conseguía mediante una bobina especial. Les ingenieros de que te hablo pensaron que el sistema podía emplearse para experimentos científicos, creando una especie de arco voltaico de mucha más potencia que los usados en la actualidad. Además el rayo no podía enviarse en una dirección determinada. Pero yo, que conocía muy bien el sistema, ideé el método para que el rayo llegara a su destino. Simplemente una placa magnética que atraía a poca distancia, la corriente de distinto signo.

—Y esa placa era la que se encargaba de introducir el carterista en los bolsillos de las víctimas, momentos antes de que tú hicieras el disparo, ¿no?

—Sí. Era esa placa. Y el carterista murió cuando yo quise por la sencilla razón de que llevaba al menos dos de esas placas en los bolsillos. Nunca se le ocurrió pensar que, en cuanto saliera a la calle, podía ser también un condenado a muerte.

—¿Disparabas tú misma el rayo?

—Sí. Desde los tejados o desde un sitio alto.

—Pues una noche por poco me apiolas también a mí. Fue cuánto «tostaste» el «Morris»...

—En realidad, quería liquidaros a los dos, porque él ya no me servía y tú te estabas entrometiendo demasiado... Pero sólo murió él. Fue suficiente.

—Hay algo que no encaja, Isa. A ti también trataron de matarte. Nos quisieron abrasar vivos a los dos...

—También era lógico que eso terminara sucediendo. Uno de los ingenieros estaba asustado y pensó en denunciarme o en eliminarme. Eso último le pareció más sencillo, porque así no tenía que explicar nada de lo que sabía. Y alquiló a dos asesinos para que hicieran el sucio trabajo. Nos encontraron juntos porque yo te buscaba para tener la oportunidad de eliminarte. Lo curioso fue que tú, mi presunta víctima, me salvaste.

—No lamento haberlo hecho —dijo Gary burlonamente—. En el fondo me encanta que las chicas guapas tengan buena salud.

Ella no captó la ironía. Con la misma voz metálica:

—A ese hombre que había tratado de matarme también acabé eliminándolo... Al igual que otro, al que había matado con el compás de uno de mis ingenieros, el cual se había ocultado aquí. Es el que habla con Kim. Ya ves que estoy enterada de todo.

—Sí, ya lo veo. Y supongo que ese hombre jamás supo que su compás había sido empleado para un cálculo tan rastrero. ¿Pero a él no pudiste matarlo? ¿Cómo se salvó?

—Por dos razones. La primera de ellas porque en esta casa había un testigo. La señora Morrison se había escapado de su casa, donde decía que la trataban mal, y en su silla de ruedas había llegado hasta aquí. Ese hombre la atendió y la cuidó mientras pensaba en avisar a la policía. Entonces me encontré en la necesidad de eliminar primero al testigo. Fue fácil... Asquerosamente fácil.

Las facciones de Gary se crisparon.

Una lucecita de desprecio apareció en sus ojos.

—Eres repulsiva, Isa —murmuró—. Sencillamente repulsiva.

—No me importa lo que opines de mí. ¡Para lo que va a servirte...!

Gary murmuró por entre sus labios apretados:

—¿Y cuál fue la segunda razón? ¿Qué otra cosa te entretuvo?

—Esa tonta llamada Judith Tamarova. Se había refugiado aquí, pero yo no sabía si era casualidad o no. Podía estar en contacto con los ingenieros, de modo que decidí eliminarla. En eso la suerte me favoreció. Yo no sabía entonces que era la hija desaparecida de un inmigrante rico, un hombre llamado Bela Kunsen que la buscaba por todo el mundo. Pero de saberlo tampoco me hubiera importado. El caso era que ella había entrado como paciente gratuita en el hospital del Regente, y en el hospital del Regente yo tenía un buen

amigo, el doctor Stanhope. Una especie de perro fiel que estaba locamente enamorado de mí y hubiera hecho cualquier cosa que yo le pidiese. Justamente entonces acababa de ensayar con una paciente un medicamento que marchó mal, produciéndole la muerte. Yo le pedí que ensayara el mismo con Judith. De ese modo hubiera sido muy difícil pedir responsabilidades por su muerte. Pero la zorra sospechó algo y pudo huir. Menos mal que yo sospeché que vendría aquí porque al menos este sitio lo conocía. Llamé a Stanhope para que tratara de convencerla y contraté también a un asesino por si las cosas se presentaban mal. Pero tú lo has estropeado todo...

Rechinaron los dientes de la hermosa mujer, cuya furia había ido creciendo. La mano que empuñaba la «Luger» tembló ligeramente. Su voz, más ronca que nunca, barbotó:

—Ahora sólo queda un hombre vivo, el amigo de Kim. Supongo que ha ido a esconderse en la pensión donde tú vives, pero ya daré con él... Cuando tú hayas muerto, él será la siguiente víctima...

Gary se estremeció. No pensó para nada en él mismo en este terrible momento. Pensó sólo en Kim y en Ethel. Pensó que para eliminar testigos, aquella diabólica mujer podía decidir suprimirlos a ellos también...

Quizá fue eso lo que le dio aquella loca audacia. Quizá fue eso lo que le hizo olvidarse de su propia vida. No supo ni cómo lo hacía, pero lo cierto fue que lo hizo. Saltó hacia la «Luger» mientras Isa disparaba. La bala le perforó el hombro, pero él logró desviar el cañón cuando iba a brotar la bala definitiva. Los dos rodaron por el suelo. Y hay que advertir, por supuesto, que la cosa no resultó del todo desagradable para Gary.

Logró arrojar lejos, de un manotazo, la «Luger».

Ella trató de escabullirse.

Tenía la fuerza de un hombre, la muy condenada.

—¡Quieta, Isa! ¡No trato de matarte! ¡Quieta!

Pero ella ya había caído de espaldas sobre la silla de ruedas.

¡La silla de la difunta Morrison!

¡La silla de su propia víctima!

Las ruedas fueron impulsadas hacia atrás por el brusco choque.

La silla rodó hacia la puerta, que se abrió. Cayó del porche en el momento en que un patrullero llegaba a toda velocidad. Se oyó el

brutal crujido de los frenos.

Y el estampido.

La silla de ruedas, con su inesperada carga, había sido enviada por los aires.

Se oyó la voz airada de Thurner:

—¡Maldita sea, Wallace, conduces como un loco! ¡La has triturado! ¡Y era una paralítica!

Poco podía sospechar en aquellos momentos Thurner que no, que no era de ningún modo una paralítica. O que no lo había sido. Porque ahora de verdad lo era...

Gary se acercó tambaleándose a la puerta.

—Es extraño que no nos haya avisado usted, inspector... Lo ha hecho una chica llamada Judith. Una chica que está herida...

Fue pocos días más tarde cuando ocurrieron unas cuantas cosas importantes en la pensión de Ethel. La primera de ellas —y más grave para los huéspedes— fue que Ethel anunció que iba a cerrar aquello porque se casaba. Y se casaba con Gary, naturalmente. La segunda fue que el pequeño Kim tuvo un nuevo profesor de matemáticas. Un ingeniero de telecomunicaciones que se parecía mucho a su difunto padre; un hombre que estaba destinado a alcanzar con el tiempo un alto nivel científico porque conocía algunas fórmulas y modos de calcular que sus contemporáneos aún ignoraban. Es inútil decir que Kim tuvo grandes oportunidades para ser el primero de la clase. O para que le suspendieran por saber más que el profesor.

Pero la cosa más grave de todas fue la tercera.

Fue una cosa gravísima.

El ingeniero había pasado varios días analizando unos extraños signos que captó la última vez que pudo recibir señales del espacio. Llegó a la conclusión de que eran el resultado de un complicado cálculo de probabilidades según una fórmula nueva. Pero no le dio importancia:

Thompson, el jubilado, que siempre hacía quinielas, se inspiró en aquella especie de signos que podían traducirse por «sí» «medio» y «no» a fin de rellenar una quiniela loca.

¡Y al domingo siguiente era multimillonario!

¡Mucho más rico que todos!

De donde dedujeron todos que, más allá de nuestra galaxia,

algunos seres superinteligentes hacían ejercicios matemáticos por puro entretenimiento, calculando las probabilidades de los equipos en la liga inglesa.

Thompson se gastó la mitad de su fortuna en tratar de instalar un sistema de escucha que le asegurara la captación de nuevos plenos.

Pero no captó nada más. Y cierta vez que captó algo, fue un desastre. Todos los resultados salieron al revés.

Lo cual indica sin lugar a dudas que, en cuestión de fútbol, y aunque no sean hinchas, hasta los más superinteligentes se equivocan.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Lo costosísimo que resultaban sus centros de estudios fueron el origen de la quiebra de la Rolls Royce, que con sus innovaciones en los motores de aviación perdía dinero constantemente. Era una de las empresas más sólidas del viejo continente y tal vez la más famosa, y para evitar su hundimiento total hubo de ser nacionalizada. (N. del A.). < <

[2] El «Rolls» y el «Wembley» son distintos por fuera pero iguales por dentro. El «Wembley», fue durante mucho tiempo una especie de «Rolls» para pobres (para pobres millonarios, claro), a fin de no pagar tantos impuestos. < <

[3] La llamada. Escuela de Barbizon la constituyeren unos cuantos pintores, entre ellos Millet y Rousseau, a mediado; del siglo XIX, cuando se reunieron en la pequeña población francesa de Barbizon, de donde tomaron el nombre. Se caracterizaban por su extremo cuidado en la pintura del paisaje, y muchos de ellos, para captar con más fidelidad la luz, trabajaban al amanecer. (N. del A.). < <